Ernest Lloyd

Animales heroicos

...y de los otros

Índice

Capítulo	Página
1. Cappy, el héroe	3
2. La historia de Francine	4
3. Un perro salvado para el ejército	5
4. Salvado por su fiel perra	7
5. La historia de un trineo tirado por perros	8
6. Solamente cincuenta centavos	10
7. Un perro heroico en el mar	11
8. La historia de Pompón	12
9. La historia de Bobby	14
10. Nig yTut	16
11. El mono recuperado	17
12. El triste fin de un mono impertinente	19
13. Bud, el mono mascota	20
14. Capitán, el caballito inteligente	22
15. Niños salvados por un elefante	23
16. Castigo para un tigre	24
17. El tigre y la flauta	25
18. Cómo fue amansado un osezno	28
19. La notable memoria de un tigre	30

Capítulo	Página
20. Jumbo, el amigo gigante de los niños	32
21. Un héroe africano	34
22. Salvado por un oso	35
23. Androcles y el león	36
24. Un oso en la chimenea	38
25. Roberto aprende a "tirar" a los osos	39
26. Entre fieras y hombres salvajes	41
27. El oso al que le gustaban las meriendas	42
28. La visita del pequeño Bill	43
29. El protegido del león	45
30. "¡Bisa, cuéntanos una historia de osos!"	46
31. El elefante y la gatita	48
32. Tratando a un oso en cautiverio	49
33. En la quijada de un león	50
34. Adoptado por un oso	52
35. La gata en un bote	53
36. La gallinita fiel	53
37. Las palomas de Venecia	55
38. Petty, la paloma mensajera	58

CAPPY, EL HÉROE

Tommy se sentía muy feliz y orgulloso por ser el dueño de un perro *terrier,* que su tío, oficial del ejército, le había regalado. El nombre del perro era Capitán, pero Tommy lo llamaba afectuosamente "Cappy", Cappy era grande y fuerte, pero tenía la pata delantera manca. Como Tommy prontamente explicaba a todos sus conocidos, Cappy no era un perro común. Había sido entrenado para actuar en la guerra y, según el tío Jack, nunca había fallado en el cumplimiento del deber. Un día, sin embargo, mientras hacía su trabajo, Cappy fue herido. Y Tommy orgullosamente contaba la historia de aquel perro:



"En su función de centinela, Cappy tenía que guardar la munición traída recientemente a aquel lugar. Mi tío Jack dijo que los soldados y los perros guardaban, día y noche, aquel material. Una noche, Cappy estaba allí de guardia, y cerca se encontraba su colega de servicio, el soldado Barney. De repente, Cappy vio algo que se movía en la oscuridad. En aquel momento Barney se aproximó y notó que Cappy estaba completamente tieso, atento, con los pelos erizados. De inmediato el soldado miró en la misma dirección y también vio borrosamente una figura que se aproximaba. Entonces se puso detrás de una pila de cajas de municiones, para vigilarla, y Cappy permaneció inmóvil donde estaba. Durante un momento el bulto desapareció, pero luego volvió a aparecer, y de un salto atravesó el espacio abierto, digiriéndose hacia la pila de municiones. Como un relámpago, Cappy saltó sobre el hombre y lo derribó. Barney se abalanzó rápidamente, y hubo una lucha en la cual el perro fue alcanzado en la pata por el tiro de un revólver, pero así mismo continuó luchando".

Aquí Tommy hizo una pausa mientras acariciaba la cabeza de su querido perro. Entonces continuó:

"Mi tío Jack me contó que posteriormente se descubrió que se trataba de un enemigo, cuya intención era hacer explotar toda aquella munición. ¡Y fue Cappy quien echó a perder el plan del enemigo!"

Mientras esta historia era contaba y repetida muchas veces, Cappy no mostraba ninguna señal de haber sido el héroe. De hecho, sabemos que él no se sentía un héroe, pues había hecho todo en cumplimiento del deber.

Un gran afecto se desarrolló entre Cappy y Tommy, y éste sentía una profunda admiración por el perro cuya bravura y obediencia al entrenamiento que le había dado el ejército demostraron ser tan valiosos.

—Yo creo, mamá —dijo Tommy un día —, que si alguien no aprende a obedecer, jamás podrá pedir que alguien lo obedezca, y no valdrá mucho para su patria, no valdrá ni la mitad del valor de Cappy.

Después de eso, la madre de Tommy nunca más tuvo necesidad de reprender a su hijo por desobediencia.

LA HISTORIA DE FRANCINE

Durante la guerra, Francia tenía un ejército de perros reclutados para el servicio. Eran cuatro tipos de perros bravos: Perros de la Cruz Roja, perros matadores de ratones, perros centinelas y perros mensajeros. De todos, para los servicios de vanguardia, los perros mensajeros son los más valientes.

Francine era uno de esos perros mensajeros. Ella era una criatura peluda, negra y blanca, con el rabo retorcido y firmes ojos castaños. En los momentos apropiados, hacía muchas travesuras, pero era siempre un leal soldado de Francia.

En el regimiento, todos amaban a Francine, pero quien la amaba más era su dueño, de uniforme azul. Él le había enseñado muchos trucos, diferentes de los que ya hacía en su antigua casa en el campo.

Primero, debía acostumbrarse al estampido de las armas, lo que era muy duro para sus oídos. Después tuvo que aprender a agacharse mucho, y también a meterse dentro de un pozo cuando una bala explotaba. Y lo que era más importante todavía, tuvo que aprender a correr velozmente de un campamento a otro, llevando un mensaje en una pequeña cartera o saquito de cuero atado al pescuezo. Por eso era llamada "perro mensajero".

Cierta mañana, el bondadoso dueño de Francine, lanzando hacia atrás la capa azul para que la roja apareciera, la llamó suavemente:

— ¡Francine, ven! ¡Ven aquí! ¡Hoy debes luchar por Francia! ¡Ven!

Ella fue de un salto, y durante todo aquel día siguió a su amado entrenador en la línea de fuego. Finalmente llegó la noticia de que las líneas telefónicas de Francia habían sido cortadas. Y a menos que el comandante francés pudiera comunicarse con sus hombres del otro lado del campo, la batalla estaría perdida. ¡Y los hilos estaban por tierra!

— ¡Francine, ven! ¡Llegó tu hora!

Su dueño amarró con firmeza el saquito con el mensaje al pescuezo de la perra y cuchicheó en su oído:



— ¡Vete, Francine, y atraviesa el campo! ¡Lleva el mensaje! ¡No puedes fallar! ¡Vete, soldadito de Francia!

Y allá se fue Francine a la disparada. Los soldados quedaron observándola. Entonces cayó. ¡Una granada había explotado!

¿Estaría muerta? No. Cuando la humareda se disipó, ella se puso a correr nuevamente, a veces arrastrándose, otras veces acostándose como si estuviera muerta, y de nuevo levantándose y continuando en su carrera. ¿Podría alcanzar el otro lado del campo? ¡No! ¡Sí! ¡Ahora allá estaba ella, jadeante, entregando a los pies del comandante, a salvo, su precioso mensaje! ¡Qué perrito valiente!

Cuando más tarde el regimiento de su dueño desfiló en París, para recibir los honores por su bravura, allá estaba también Francine, a su lado, marchando con la cabeza y la cola erguidas. También ella había recibido una medalla y era entonces el soldado más feliz de Francia

UN PERRO SALVADO PARA EL EJÉRCITO

Un día Joey encontró un perro enfermo y hambriento, todo cubierto de heridas. Dándole unas cariñosas palmaditas en la cabeza, Joey consiguió sacarlo de un montón de basura vieja, en una callejuela. Colocándolo en su carrito rojo, llevó al pobre animal para casa.

—Al final de cuentas, ¿qué vas a hacer con este viejo perro sarnoso? ¡Nosotros no queremos una cosa así por aquí! —dijo Mark, el hermano mayor de Joey.

—Mira, encontré este viejo perro en un monte de basura en la callecita de atrás del correo, y ahora voy a tratarlo y darle de comer. Creo que debemos ser bondadosos con los animales. (¡Fue sobre eso que nuestro maestro de la escuela sabática nos habló el sábado pasado! —respondió Joey.

Joey le dio un baño al pobre perro y luego le puso pomada en las heridas. Entonces lo alimentó con algunas sobras de la cocina. Después de comer, el perro, en agradecimiento, lamió las manos de Joey.

Ese gesto de gratitud dejó al muchacho muy satisfecho.

-¡Pobrecito! Voy a cuidar de ti y quedarás completamente bien —dijo Joey cariñosamente.



Algunos chicos fueron a ver al perro y se burlaron de él, pero Joey no se molestó. Él sabía que estaba haciendo lo que era correcto.

Algunas semanas después, el perro ya estaba bien y engordando. Joey le puso el nombre de "Negrito", porque el pelo era bien negro y lustroso.

Algún tiempo después, Joey supo que el ejército usaba perros. Más tarde, algunos soldados llegaron a aquella ciudad y, ayudados por un grupo de comerciantes, recorrieron las calles reclutando buenos perros para el ejército. Entonces Joey decidió donarles a Negrito. Aunque no deseaba ni un poquito separarse de su perro, el niño creyó que aquel animal era demasiado grande para que él pudiera cuidarlo, pues siendo un *mastín* (perro guardián para ganado) comía mucho.

Joey entonces bañó muy bien a Negrito, lo alimentó y luego lo llevó al puesto de reclutamiento de perros.

— ¡Qué hermoso perro tienes! —exclamó el sargento.

Otros soldados vinieron después y admiraron mucho la belleza de Negrito.

— ¡Negrito desea alistarse! —dijo Joey.

El perro movió la cola y lamió las manos del alto y robusto sargento.

—¡Muy bien! —Dijo el sargento—. Recibimos sólo algunos perros, y ninguno de ellos es tan bueno como éste. ¿Dices que el nombre de él es Negrito? Pues entonces lo llamaremos Negrito nomás. Vamos a examinarlo y te daremos un recibo; cuando acabe la guerra te lo devolveremos. Este es exactamente el tipo de perro que el ejército necesita para acompañar a los guardias, llevar mensajes y provisiones, y socorrer enfermos y heridos. ¡Qué maravilloso servicio estás prestando a tu país! Este es un perro pura sangre que fue muy bien tratado. ¿Dónde lo conseguiste?

Cuando Joey contó cómo había encontrado a Negrito, tan enfermo y casi muerto de hambre, en un montón de basura, el sargento casi no podía creerlo. Entonces elogió mucho al muchacho por haber cuidado tan bien al perro.

Al día siguiente, cuando Joey regresó al puesto de reclutamiento, se le informó que el perro había sido aceptado. Entonces, todo feliz, fue a la perrera para despedirse de Negrito. El perro, saltando y moviendo la cola, lamió el rostro de Joey como queriendo decir:

—Hasta luego mi buen amigo; voy al puesto de entrenamiento del ejército, pero estaré de vuelta cuando la guerra termine. Voy a aprender muchas cosas y a realizar muchas hazañas y muchas otras cosas buenas. Me va a gustar el ejército y me voy a divertir con mis bondadosos entrenadores y también con los otros perros.

Joey se sentía muy contento por haber salvado a aquel perro, pues no sólo había practicado un acto de bondad, sino también ayudado al ejército y a su país.

SALVADO POR SU FIEL PERRA

Robert St. John, famoso locutor de radio, contó la siguiente historia sobre la lealtad de una perra a su dueño, cuyo salvamiento fue posible gracias a aquel fiel animal.

"Esta es la historia de un hombre que llamaremos Armando, pues no era éste su verdadero nombre. De alguna forma, fue el mejor intermediario entre Francia y Gran Bretaña. Viajaba mucho y visitaba siempre su tierra natal.

"En su último viaje, en avión, Armando llevaba consigo algunos documentos extremadamente secretos para entregar a los agentes del movimiento francés de resistencia. Por lo tanto, decidió actuar con la mayor seguridad posible al volar sobre su propia ciudad natal. Pero aquella noche, todo salió mal. La última vez que estuvo allí no había ningún tirador alemán en una faja de muchos kilómetros; pero ahora, justamente al penetrar en el espacio de la ciudad, las armas comenzaron a disparar contra el avión. Armando sabía que sería capturado si aterrizaba dentro de la ciudad, por eso dirigió su paracaídas hacia un lugar descampado, no lejos de la finca de su familia. Al aterrizar, cayó sobre unas rocas y se quebró ambas piernas. No lograba afirmarse sobre las piernas y mucho menos andar. Intentó arrastrarse, pero el dolor era terrible. Y podía oír, a la distancia, una patrulla alemana recorriendo el campo en su búsqueda.

"Ya era de madrugada, cuando oyó un sonido diferente, el inconfundible ruido que un animal hace cuando está olfateando en el matorral. Entonces, de repente, allá estaba Trixie a su lado, lamiendo sus manos y gimiendo afectuosamente.

"Trixie, una perra mestiza de ocho años de edad, había sido la mejor amiga de Armando hasta que la guerra los separó. ¡Ahora allí estaba ella lamiendo la sangre del tobillo de su dueño! En aquella mañana la patrulla alemana llegó tan cerca que Armando podía oír y entender su conversación en alemán. En el mayor silencio posible, comenzó a cubrirse con hojas y pasto. Trixie parecía captar la idea. Trabajó agitadamente, escarbando la tierra con la que Armando iba cubriéndose hasta quedar apenas con la cabeza afuera. Cuando la patrulla pasó a solamente algunos metros de distancia, Trixie se encontraba acostada junto a la cabeza de su dueño, tan silenciosa como si estuviera muerta, pero con todos sus nervios alerta y todos los músculos tensos.



"Durante los dos días siguientes, ella pasó todo el tiempo lavando las heridas de Armando con aquel increíble remedio: la saliva de un perro; o saliendo en disparada en misteriosas misiones que a veces

la mantenían distante durante varias horas seguidas. Una vez volvió con un conejo entre los dientes, y así Armando pudo alimentarse un poco chupando la carne cruda. Armando conversaba con Trixie como si ella fuera un ser humano. Le pidió que fuera a la finca de su familia y trajera auxilio. Trixie parecía comprender. Ella lloriqueaba y salía velozmente, pero luego regresaba con un aire de abandono en los ojos.

"La noche del tercer día Trixie permaneció ausente durante más tiempo. Armando estaba preocupado, y entonces oyó pasos en el matorral. Estaba demasiado débil como para poder esconderse. Oyó el afectuoso ladrido de Trixie, y entonces la voz de María, su novia antes de la invasión de los alemanes. María se inclinó sobre él, lo besó y le prometió que fuertes y leales franceses pronto lo cargarían hacia un lugar seguro, donde lo esconderían y cuidarían bien. Entonces Armando pudo descubrir el misterio, el porqué Trixie no había conseguido traer el auxilio antes. Los alemanes habían trasladado a la familia de Armando hacía otra ciudad. Trixie, con su intuición canina, sabía que María merecía confianza. Durante tres días había andado detrás de ella; pero ella había estado ausente y había regresado justamente en aquel día.

'Trixie, con sus frenéticos ladridos y tironeando con insistencia de su vestido, la había llevado hacia aquel lugar en el matorral. Y ésta es la historia de cómo un agente de la resistencia francesa fue salvado por una perra llamada Trixie y por su novia llamada María".

LA HISTORIA DE UN TRINEO TIRADO POR PERROS

En la región de Nome, en Alaska, había irrumpido un brote de difteria, llamada "Muerte negra" de las tierras del norte, porque todo esquimal que la contraía estaba más o menos destinado a morir. Cerca de mil personas corrían peligro de vida, a menos que fuera traído un antitóxico del exterior.

En la estación ferroviaria, a más de 1.000 kilómetros de Nome, estaba esperando un paquete de aproximadamente 10 kilos de antitóxicos. ¿Cómo podría llevarse ese paquete, con seguridad, hasta su destino, a través de la nieve, borrascas y tempestades? En avión era imposible. El riesgo era demasiado grande, pues el avión podría despedazarse, perder el rumbo en aquella gélida región nórdica, no demarcada gráficamente. Por eso, se le confió la misión a audaces cazadores y a su trineo tirado por perros esquimales.

En medio de terribles ráfagas de viento, a una temperatura

de 50 grados bajo cero, con una nevada tremenda, a través de enceguecedores montones de nieve que llegaban hasta la cintura y montañas llenas de peñascos cubiertos de hielo flotante, partieron ellos valientemente de la estación ferroviaria hacia Nome.

¿Podrían aquellos perros proseguir su camino hasta el final? ¿Podrían mantenerse en la ruta correcta en medio de la nieve, con el viento y el frío congelador, teniendo a cada momento la muerte acechando sobre ellos? A veces la tempestad impedía tanto la visión que el guía ni siquiera podía ver al perro más próximo.

Pero Balto, el perro guía, avanzaba sin temor. Olfateaba el sendero bajo la carnada de nieve cuando el conductor no era capaz de percibir dónde terminaba o comenzaba ella, y mantenía la dirección correcta sobre el hielo liso, que el viento había vuelto tan pulido como el vidrio.

En el hospital de Nome, los médicos y enfermeros aguardaban ansiosamente el antitóxico. Cada día se registraban más muertes. La tempestad de nieve había crecido tanto que ya era imposible a cualquier criatura resistir. Aunque era enorme la necesidad del antitóxico, fue enviado desde Nome un trineo de renos al encuentro del trineo tirado por los perros, con la advertencia de que éste debería esperar hasta que la tempestad pasase. Pero no encontraron el trineo de los perros, y éstos, medio congelados, prosiguieron su camino. Un viento cortante penetraba por las pieles de foca, chaquetas y capuchas de piel de reno que protegían a los cocheros, pero éstos rechinaban los dientes y continuaban firmes en su trayecto.

Los ansiosos funcionarios de Nome esperaban un atraso de por lo menos dos días, hasta que el equipo pudiera alcanzarlos, pero no imaginaban lo que un trineo conducido por perros es capaz de hacer cuando algo en el aire los hace conscientes de que su viaje es de tremenda importancia.

Ellos ni suponían lo que los hombres del extremo norte son capaces de soportar cuando el servicio lo exige. En tiempo récord, el agotado equipo de perros y los cocheros llegaron a la puerta del hospital con su preciosa carga de antitóxicos. Habían salvado mil vidas, casi a costa de la suya propia.

Si algún día llegas a ir al Parque Central, en la ciudad de Nueva York, encontrarás a niños contemplando la estatua de un perro muy valiente. Su cabeza indica que está buscando un sendero: el que lleva a Nome. Al pie de la estatua encontrarás apenas una palabra: "Balto".

SOLAMENTE CINCUENTA CENTAVOS

Apenas cincuenta centavos fue el precio que un guardia de la costa marítima de Carolina del Norte (Estados Unidos de Norteamérica) pagó por una perra. Pero a la edad de ocho meses, ella reveló su verdadero valor al salvar la vida de otro guardia, Evans Mitchell, fusilero naval de dieciocho años de edad.

Era medianoche cuando Nora, la perra, se puso a arañar la puerta del puesto de la Guardia Costera, teniendo en la boca el quepis blanco de Mitchell con el nombre de él grabado. Como Nora daba a entender frenéticamente que quería que ellos la acompañasen, el contramaestre Thomas J. Harris se preparó con rapidez.

La perra corrió delante del jefe y se aproximó a Miller, marinero de primera clase, que estaba haciendo la ronda en aquella noche. El la siguió y encontró a Mitchell con el rostro en la arena, inconsciente.

Mientras Miller intentaba hacer volver en sí a Mitchell, Nora lo empujaba con fuerza por el brazo, intentando inútilmente levantarlo.

Cuando el jefe llegó, el cuerpo inmóvil fue llevado hasta el puesto, donde recibió el tratamiento de emergencia. Al día siguiente Mitchell fue trasladado al hospital de la Marina, donde permaneció recuperándose durante un mes.

"Mitchell hubiera muerto congelado", dijo Harris, "si la perra no lo hubiera encontrado, pues él estaba acostado en un lugar solitario, en la playa; y la noche estaba muy oscura y fría".

Nora fue a visitar a Mitchell en el hospital, muy solícita por el bienestar de él, demorándose a su lado más que al lado de los otros hombres. Después que Mitchel se restableció totalmente, ella volvió a su política de no tener predilección por nadie.

La historia de esta perra en el puesto de la Guardia Costera comenzó más de medio año antes, cuando un antiguo marinero se la compró a una familia del vecindario. Criada por los hombres en el puesto desde que era una cachorra, ella se aficionó mucho a todos ellos.

Al crecer, Nora comenzó a acompañar a los hombres que patrullaban la playa, y aunque no estaba entrenada para ese trabajo, pronto se mostró tan capaz profesionalmente como los perros entrenados.

Nora podía percibir rápidamente cualquier ruido o cosa extraña, y nunca dejaba al guardia a quien ella estaba acompañando, aunque encontrase a muchos otros patrulleros en la playa desierta.

Al volver al puesto, después de su primera ronda, estaba lista para salir inmediatamente a la segunda. E hizo eso por algún tiempo hasta que comprendió que estaba haciendo dos rondas por noche, al paso que los hombres hacían una sola. De modo que notando que aquella era una tarea adicional, Nora dejó de hacer la segunda ronda, volviendo al puesto para echar un sueño.

Cuando su dueño fue trasladado, quería mucho llevarse a Nora consigo, pero el personal del puesto de la Guardia Costera se había apegado tanto a ella que decidieron contribuir con 50 centavos cada uno, y de ese modo la compraron.

UN PERRO HEROICO EN EL MAR

Durante la Segunda Guerra Mundial, un barco noruego fue torpedeado, perdiéndose la mitad de la tripulación. Los torpedos alcanzaron el compartimiento de máquinas, y las calderas explotaron. Los sobrevivientes tuvieron que lanzarse al mar, mientras el barco, como una enorme piedra, se hundía. No hubo tiempo siquiera para lanzar una balsa. Una de las últimas personas en abandonar el buque fue el ya canoso comisario de a bordo, acompañado por Daisy, su perra.

El agua estaba helada, y los dieciocho sobrevivientes nadaban a la deriva, sin nada a qué aferrarse. En verdad, Daisy pertenecía al capitán, pero aquella era una ocasión muy especial y, por lo tanto, su lealtad debía extenderse a los otros también. Nadando vigorosamente, iba de un hombre a otro, permaneciendo un poquito con cada uno, lamiéndoles el rostro helado, y ladrando animadamente. Durante aproximadamente dos horas, tiempo en que estuvieron en el agua, Daisy no dejó de cuidarlos m un solo momento.

El viejo comisario dijo: "Si no fuera por Daisy, muchos de

nosotros hubiéramos desistido de luchar contra el frío y el agotamiento. Su lengua tibia y los ladridos estimulantes trajeron vida y esperanza a todos nosotros".

Daisy fue premiada con un collar en cuya placa de plata se grabó la siguiente inscripción: "Por su coraje". Y la fecha: 15 de diciembre de 1942.

LA HISTORIA DE POMPÓN



Pompón era un perrito poodle, que vivía en un lugarejo de Francia, con una familia en la que había tres niños. ¡Qué feliz se sentía con sus tres compañeritos! Ellos lo alimentaban, bañaban y peinaban su sedoso pelo. El bondadoso padre de los niños hizo para el perrito un collar con una plaquita metálica en la cual grabaron: "Yo soy Pompón". Es claro que estas palabras fueron escritas en francés, porque Pompón era un perrito francés. Los niños le enseñaron a realizar muchas cosas.

Era capaz de hacer un saludo, de andar afirmándose apenas en las patas traseras, de sostener un bastón como si fuera un fusil, y de acostarse y fingir que había muerto por su país.

Cuando los niños gritaban: "¡Viva Francia!", Pompón siempre se colocaba en posición de firme, y después, como premio, recibía un bizcocho. ¡Sabía que después de la posición de firme venía un bizcocho!

Aunque Pompón no era un perro de pelea, cuando salía con los niños los protegía, y ladraba fuerte si un pedazo de papel volaba cerca de ellos, o si una oveja los miraba a través del cerco.

Una noche se despertó con el estampido de balas. ¡Cómo temblaba de miedo! El padre y la madre estaban preparando bolsos y paquetes; cada uno tenía que cargar un bolso.

Pompón no podía entender por qué ellos tenían que salir en medio de la noche. Escuchó decir que los alemanes estaban llegando, pero no entendió lo que significaba eso. Los estampidos de las balas casi lo hacían enloquecer, por eso andaba escondiéndose detrás de los niños.

Las calles estaban llenas de gente, y todos parecían muy tristes. ¡De pronto hubo un tremendo estruendo! Y el pobrecito Pompón salió corriendo a la disparada, como el viento.

Finalmente, no aguantando más, entró en una choza vacía y allí permaneció acostado hasta la mañana. Al despertar, buscó a los niños y también la leche y el pan. Salió de un lado para el otro, olfateando el suelo, pero no encontró ningún vestigio de sus compañeros. Cuando sintió sed, bebió agua en un arroyo, y después regresó a la choza. La puerta estaba cerrada. Entonces, levantando su hocico, se puso a gemir.

La puerta se abrió, y un hombre miró hacia fuera. Con la Cabeza vendada, parecía que estaba enfermo. Pero su voz era bondadosa.

—¡Pobre mendigo! —Dijo el hombre—. Entra.

Pompón no entendía inglés, pero percibiendo bondad en aquella voz, entró. Había encontrado un amigo. Entonces se puso a lamer la mano del soldado para demostrar que estaba con hambre.

—¡Pobrecito! —Dijo el soldado — Vamos a dividir lo que tengo entre los dos.

El soldado dividió un pedazo de pan, dándole la mitad a Pompón. Y éste, agradecido, se durmió bien junto a su amigo. A la mañana siguiente, ya estaba claro cuando el hombre despertó. Después, dirigiéndose al perrito, dijo:

—Mira compañero, necesito volver hacia donde están mis camaradas. ¿Y tú?

Pompón se puso en posición de firme. El hombre rió, y exclamó en francés: "¡Viva Francia!"

Al oír aquellas palabras tan familiares, Pompón se puso otra vez en posición de firme y ladró fuerte, moviendo la cola con tanta alegría, casi hasta el punto de arrancarla.

—¡Silencio! —Dijo el soldado—. Debes observar las reglas. Deja de ladrar. Voy a llevarte conmigo, como una mascota.

El soldado tomó al perrito en los brazos, y entonces partieron. Después de andar un poco, llegaron al campamento de las tropas inglesas. Entonces Robín, como se llamaba el soldado, poniendo en el suelo al debilitado perrito, dijo:

—Dennos comida y cuiden a Pompón. Es un honesto soldado francés. En su collar está escrito: "Yo soy Pompón".

Desde aquel día en adelante, Pompón no quería estar lejos

De su nuevo dueño, ni siquiera por una hora. Y se fue acostumbrando al estampido de las armas.

Finalmente, Robín fue enviado al frente de batalla, dejando al perro al cuidado de otro soldado. Pompón se puso a gemir y morder la correa que lo ataba. Lo habían atado para que no siguiera detrás de su dueño.

Al día siguiente Pompón ya había roído y cortado la correa. Estaba libre, y salió corriendo atrás de su querido dueño. Las balas explotaban por todos lados. Pero Pompón continuó corriendo, y entonces llegó a un gran agujero producido por la explosión de las granadas. Allí había alguien acostado, casi cubierto enteramente de tierra. El perro creyó que era su dueño, y se puso a escarbar y a sacar la tierra lo más rápido posible. Al final, vio el rostro de su dueño. Comenzó a lamerlo, pero no obtuvo ninguna palabra bondadosa como respuesta.

Entonces Pompón vio que necesitaba ayuda. Salió corriendo en dirección a unos camilleros que vio a la distancia, y agarrándolos por los pantalones comenzó a tironear de ellos con todas sus fuerzas. Los camilleros lo siguieron, y encontraron al pobre Robín gravemente herido, pero todavía con vida. Lo llevaron hacia un barracón, y allí permaneció Pompón cuidándolo día y noche hasta que el soldado se recuperó y regresó a Escocia. Pompón fue con él, y ambos se sintieron muy felices, y nunca se cansó de exhibir las buenas maneras de un perro francés.

LA HISTORIA DE BOBBY

En Edimburgo, una ciudad de Escocia, todo el mundo conoce a Bobby, que no es un muchacho, sino un perro *terrier* cuya historia es muy interesante. Su monumento, hecho en bronce, está sobre una fuente, y a los turistas les gusta visitarlo.

Muchos años atrás, Bobby y su dueño, un fraile franciscano, eran vistos diariamente en la plaza del mercado cerca de la iglesia de los franciscanos, en Edimburgo. Todos los días, cuando el enorme cañón del castillo anunciaba el mediodía, Bobby y su dueño atravesaban la plaza e iban a almorzar a un restaurante. Bobby recibía un pastel de pasas y un hueso. Un día, el dueño de Bobby murió y fue enterrado en el cementerio de la Iglesia de los franciscanos.

Tres días después del entierro, cuando el gran cañón anunció el mediodía, Bobby apareció en el restaurante. Era la figura del hambre y el sufrimiento. El compasivo dueño del restaurante reconoció al perro y le dio su acostumbrado pastel de pasas.

Al día siguiente Bobby volvió. El hombre, curioso, resolvió seguirlo.



¿Hacia dónde piensas que fue el perro? Sí, él fue directo a la sepultura de su dueño, y allí comió su pastel de pasas y luego se acostó para continuar vigilando.

La familia del dueño de Bobby lo llevó a su casa y lo cuidó, pero él no permaneció allí. Tres veces se escapó para continuar su vigilia junto a la sepultura. En el portón del cementerio había un cartel: "PROHIBIDA LA ENTRADA DE PERROS". Pero el vigía no tuvo valor para impedir la entrada de Bobby. Y allí permanecía, día y noche, buscando refugio debajo de una gran piedra cuando se desataba alguna tempestad. Como nadie conseguía que se fuera de allí, hicieron una casita para él, y todos los días Bobby iba al restaurante para retirar su pastel de pasas.

Entonces fue promulgada una ley que exigía que todos los perros tuvieran autorización y usaran collar. Bobby no tenía ni la autorización ni el collar. ¿Qué piensas que sucedió? ¿Fue metido en la cárcel? Oh, no. El buen prefecto de Edimburgo pagó la autorización, y continuó pagándola todos los años. También le ofreció a Bobby un collar, el cual puede ser visto ahora en el museo.

De ese modo, Bobby volvió al puesto de vigía al lado de la sepultura de su dueño, donde permaneció hasta morir. Lo enterraron en el cementerio de la iglesia, y sus amigos levantaron una columna en su memoria y también en memoria de su dueño. Sobre la pequeña fuente en la esquila de la calle, cerca del cementerio, donde la figura de Bobby, en bronce, todavía continúa vigilando, se puede leer lo siguiente: "Un tributo a la afectuosa fidelidad del perro de un fraile franciscano. En 1858 este fiel perro acompañó los restos mortales de su dueño al cementerio de la iglesia de los frailes franciscanos y permaneció allí cerca hasta su muerte en 1872". ¿Por cuánto tiempo? Desde 1858 hasta 1872: catorce años. ¡Catorce años, día y noche!

¡Eso fue lo que un perro *terrier* escocés hizo por amor! ¿Qué te parece? ¡Cuánta bondad nos demuestra Dios al darnos esos fieles y amorosos animales para servirnos! Muchos niños y niñas no tienen hoy el mismo respeto a la memoria de sus padres. El ejemplo de Bobby deja avergonzados a los chicos ingratos que no cumplen su palabra. Deja avergonzados a todos los hombres, mujeres y jóvenes que no se mantienen fieles a su patria y a su iglesia.

NIG Y TUT

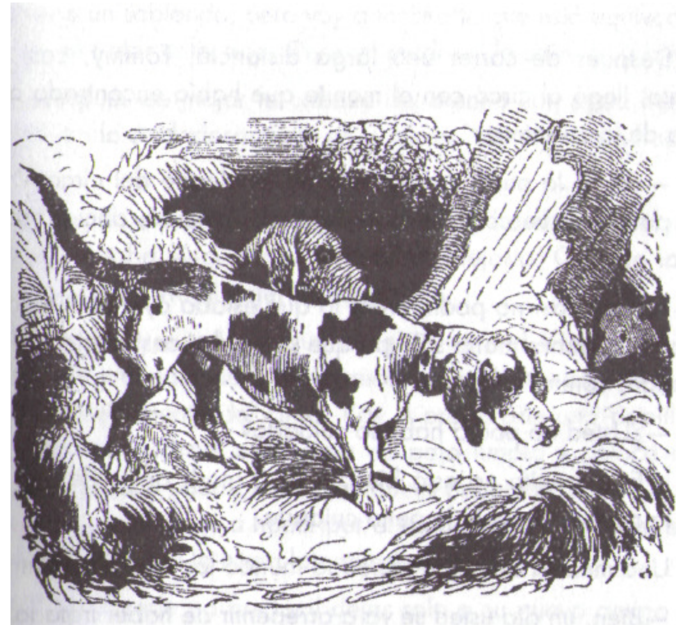
Nig fue premiado con una medalla por haber salvado a Tut. Esos dos perros vivían en una accidentada región campestre cerca de Auburn, California. La historia de la medalla de Nig comienza el día que los dos perros estuvieron cazando en las proximidades de una antigua mina. Ambos gustaban inmensamente de la vida al aire libre, especialmente cazar en los cerros.

Un día, a comienzos de la primavera, Nig volvió solo de la cacería. Los muchachos, Billy y Hudson, silbaron llamando a Tut, pero Tut no apareció. Pasaron una semana triste. Nadie lo había visto y nadie sabía nada respecto de Tut. Los muchachos fueron a la casa de Nig, y su dueño les contó que el perro se estaba comportando desde hacía varios días de una manera muy extraña. Salía por la mañana muy temprano y sólo regresaba muy tarde por la noche, agotado, con las patas heridas y en malas condiciones.

Entonces, Billy y Hudson lo llamaron, y Nig pareció entender lo que ellos querían, porque salió rengueando en dirección a los cerros, seguido por los chicos.

Al avistar la vieja mina, Nig, olvidando que tenía las patas heridas, corrió adelante tan rápido que los muchachos lo perdieron de vista. Pero finalmente lo encontraron en la mina abandonada, cavando frenéticamente la tierra llena de piedras. Observaron que había habido una capa de tierra y piedras, muy espesa y dura, pero que ahora había apenas una carnada fina. Billy y Hudson consiguieron quebrarla en pocos minutos. Y allí estaba Tut, con mucho miedo y mucha hambre, pero todavía pudiendo ladrar de alegría por ser librado.

Entonces la historia quedó clara para los muchachos. Tut había quedado preso por causa de un desmoronamiento, mientras cazaba algún animal en el viejo túnel, y el bondadoso Nig había pasado varias semanas cavando entre la tierra y las piedras que habían aprisionado a su amigo. Por ese acto heroico Nig fue premiado con una medalla de oro.



EL MONO RECUPERADO

— ¡Eh, señor! —Gritó Tommy Burton —. ¡Usted perdió su mono!

Después de correr una larga distancia, Tommy, casi sin aliento, llegó al circo con el monito que había encontrado a la orilla de la carretera.

—Yo no lo perdí —respondió el empleado del circo—. Lo que pasa es que como casi se estaba muriendo, decidí tirarlo fuera.

Tommy casi no podía creer lo que estaba oyendo. ¡Arrojar fuera a un pobre mono sólo porque se estaba casi muriendo! Indignado, Tommy preguntó:

—¿Usted no podía haberlo cuidado?

—Este monito no está bien, y va a morir antes de que llegue la noche. No vale la pena cuidarlo.

Una mezcla de rabia y piedad inundó los ojos de Tommy.

— Bien, un día usted se va a arrepentir de haber tratado así a este animalito.



Tommy dio la espalda y caminó de regreso a su casa, con el monito en sus brazos. La tierra caliente de la carretera le hacía doler sus pies descalzos; por eso, al llegar a un lago, se sintió feliz por poder sentarse en el barranco y sumergir sus pies en el agua. Y también dio de beber al mono.

— Bien, monito —dijo Tommy—, aquel empleado del circo puede juzgarse un sabiondo, pero voy a mostrarle que está equivocado. Yo no sé tratar enfermos. ¡Pero mi madre sí lo sabe muy bien!

Después de mojar la cabeza del monito con agua fresca y acomodarlo cuidadosamente en su blusa, Tommy corrió hacia su casa.

Cuando el muchacho llegó, cansado y hambriento, el mono todavía estaba vivo, y con señales de mejoría. Cuando la madre de Tommy vio al enfermo, dijo:

— Creo que todo lo que necesita es una buena alimentación, paz y tranquilidad. Me parece que está cansado de todo el ruido y movimiento del circo. Voy a prepararle una papilla de harina; tú prepárale una cama de paja limpia y coloca agua cerca para que pueda beber. Entonces debemos dejarlo absolutamente solo. Vamos a hacer por él todo lo que podamos; el resto dejaremos que lo haga la naturaleza.

Para Tommy no fue fácil dejar solo a su nuevo amigo y no

poder acariciarlo. Pero en cuanto amaneció, el muchacho se levantó y corrió hacia el cobertizo para ver cómo estaba el monito. Vacilante, abrió la puerta temiendo lo que podría encontrar. No te imaginas la sorpresa que tuvo al espiar. Vio a su compañero sentado en una viga del techo.

La alegría de Tommy fue tan grande que se puso a aplaudir, y con eso el mono se retiró rezongando hacia la otra extremidad de la viga. Con pesar, Tommy pensó: "¡Qué cosa, lo primero que se me ocurre hacer es amedrentarlo; pienso que no merezco tener un mono!"

Pero luego se hicieron amigos otra vez, y Tommy fue corriendo a dar las buenas nuevas a la madre.

El monito todavía no estaba restablecido, por eso Tommy y su madre tuvieron que tratarlo con mucho cuidado durante una semana más. Entonces sí, se sanó, y Tommy se sentía muy orgulloso por tener un monito que lo acompañaba a todas partes, como un perrito. Peter, como ahora lo llamaba Tommy, era tan inteligente que parecía entender todo lo que Tommy le decía.

Un día Tommy, muy feliz, le dijo a la madre:

—Casi no puedo creer que tengo un mono de verdad, que nunca huirá de mí. ¿Recuerdas cómo soñaba con un monito? ¡Pero nunca, nunca imaginé que un día tendría el mío propio!

La mamá se puso sería, y dijo:

—¿Ya pensaste, Tommy, en lo que va a suceder cuando el circo regrese?

Los ojos de Tommy se agrandaron.

—Mamá, ¿Quieres decir que Peter me va a dejar para volver al circo?

—No es eso, hijo. Pero sabes que el hombre no te dio el mono.

¡Pero él lo tiró fuera! —exclamó Tommy indignado—. Supongo que tengo derecho a quedarme con Peter, porque le salvé la vida.

—Piensa bien, Tommy, piensa bien.

Tommy pensó mucho, y finalmente decidió que llevaría al mono de vuelta a su dueño.

Pero podría haber una solución para aquel problema. Y con eso en mente, Tommy comenzó a economizar las moneditas y hacer todo tipo de trabajitos para ganar más. Tal vez podría comprar a Peter, si consiguiera el dinero suficiente.

Tommy nunca había sentido pasar un año tan rápido, y al aproximarse la semana del circo se ponía cada vez más temeroso. No podía soportar la idea de separarse de su amigo. ¡Especialmente porque ya le había enseñado tantas travesuras!

Con los ojos llenos de lágrimas y Peter sentado en su hombro, Tommy caminó hacia el lugar donde se había instalado el circo. Por el camino iba conversando con él:

—Cuando el dueño del circo vea cuan listo eres, seguro que va a querer quedarse contigo.

Peter no entendió bien el motivo de las lágrimas, pero tarareaba excitadamente durante aquel extraño viaje hacia la villa.

Cuando el dueño del circo oyó el relato de Tommy, dijo:

—Sí, jovencito, me enteré de que uno de mis empleados tiró fuera el monito, y entonces lo despedí. No permitimos que tales cosas sucedan cuando podemos evitarlas. ¿Entonces, es éste el monito enfermo? Muy bien, creo que eres un muchacho muy inteligente, pues lo cuidaste y conseguiste que sanara. ¿Y ahora qué vas a hacer con él?

—Es suyo, señor —dijo Tommy con voz trémula —Pero...pero él es muy listo, y... y usted tendrá que ser muy bondadoso con él.

Con un enorme nudo en la garganta, Tommy parecía incapaz de decir las palabras que había practicado tanto tiempo.

—¿Hace algunas travesuras?

—¡Oh, es un mono extraordinario! —exclamó el hombre del circo, después que Peter mostró sus hazañas — ¿Cuánto quieres por él?

Tommy, con un suspiro, repitió:

— ¿Cuánto quiero por él?

Luego de una angustiada pausa, las palabras de Tommy salieron, una tras otra, excitadamente:

— ¡Oh, señor!, si... si piensa que es mío, déjeme quedarme con él... ¡Eso es todo lo que quiero! Peter es mi compañero, ¿cómo podría venderlo?... No quiero ningún dinero... ¡Quiero solamente a Peter!

Terminando sus palabras, muy emocionado, Tommy ocultó el rostro en el pelo del mono.

Extendiendo el brazo sobre los hombros del muchacho, el dueño del circo lo consoló diciendo:

—Tienes razón, muchacho. No hay en el mundo dinero capaz de comprar un buen compañero. Quédate con él. Tráelo para ver a su madre y los programas del circo todos los días, si así lo quieres. No pagarás la entrada. ¡Tú y Peter son mis invitados durante toda la semana!

EL TRISTE FIN DE UN MONO IMPERTINENTE

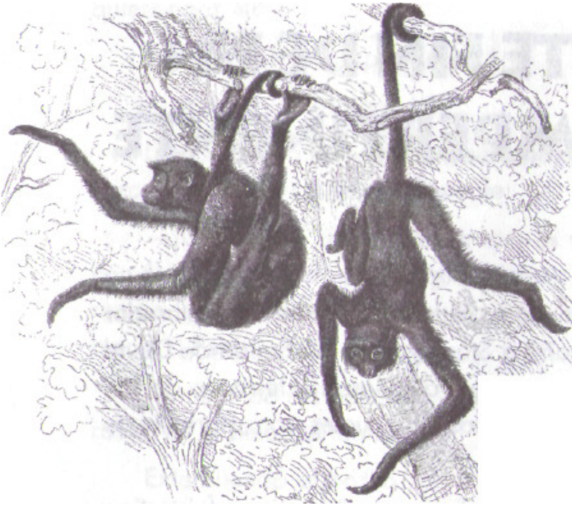
En un informe de sus viajes, Federico Seymour, el explorador y naturalista que acompañó a Stanley en la búsqueda de David Livingston, afirma que los ríos que atraviesan el territorio de Tailandia están llenos de cocodrilos, los cuales son diariamente atormentados por los monos.

"Un día", escribió Federico Seymour, "yo mismo fui testigo de cómo los monos gustan de importunar a los otros, y el precio que a veces tienen que pagar. Un gran bando de ágiles monitos estaba reunido en un árbol, bajo el cual un cocodrilo se bañaba al sol en un charco de agua poco profundo. Y los monitos, uno tras otro, saltaban hacia las ramas más bajas, teniendo mucho cuidado de no aproximarse demasiado a la boca abierta del cocodrilo. Y allá estaban ellos, gritando cada vez que el cocodrilo hacía un esfuerzo por atrapar entre sus terribles dientes una pierna o un brazo.

"El extraño juego duró una hora, poniéndose los monos cada vez más excitados. Pero el cocodrilo no perdió la paciencia,

tal vez sabiendo muy bien, por experiencia propia, que al final él sería recompensado por soportar mansamente aquel juego.

"Finalmente, un infeliz mono se deslizó por el tronco del árbol, pasando sin ceremonia sobre la cabeza y lomos de sus compañeros, con la evidente intención de ocupar el lugar de aquél que se hallaba en el lugar más peligroso, bien cerca del agua.



"Todo aquel bando de monos gritó y chilló lo más alto posible, y el cocodrilo, sin dar ninguna señal de impaciencia, simplemente abrió más la boca. El mono casi había alcanzado el punto extremo, cuando de repente dio un paso en falso, perdió el equilibrio y fue a parar a la boca del cocodrilo. No hubo siquiera un grito de agonía, y la infeliz criatura fue arrastrada bajo el agua. El cocodrilo y su 'almuerzo' desaparecieron rápidamente. Los monos, con terrible rapidez, corrieron hacia arriba del árbol, transformándose su alegría en gritos dolorosos. Y allí permanecieron, retorciendo sus manos y lamentando la triste suerte de su compañero.

De ese modo, aquel pobre mono tuvo un triste fin por haber cultivado un mal hábito. Existen otros "animales" que disfrutan viendo cuan cerca del peligro pueden llegar sin que les suceda ningún mal. Pero los niños y niñas inteligentes refrenan sus deseos y evitan las malas consecuencias.

BUD, EL MONO MASCOTA

La primera vez que lo vi era apenas un monito muy asustado, que estaba en el fondo de un bote a remos, de esos inmundos botes que los nativos usan para ir al encuentro de todos los barcos que llegan al puerto. En ese bote, dos árabes estaban intentando vender a los soldados australianos baratijas, curiosidades y dulces de apariencia dudosa. De repente, uno de los soldados gritó:

— ¿Y ese monito ahí, cuánto vale?

Pronto el monito, con el precio fijado, fue levantado por un árabe juguetón para que los posibles compradores lo vieran mejor. Entonces, los soldados, arriba, en la cubierta del barco, comenzaron a regatear para que los árabes bajasen el precio del mono. Luego, desde allí arriba, alguien gritó:

— ¡Pongan el monito en un cesto!

Y allá fue el cesto de bambú atado a una cuerda que habían arrojado del barco. Así, el amedrentado monito pasó a las manos de sus nuevos dueños y comenzó una vida de aventuras.

Los soldados le pusieron el nombre de Bud,

Conozco a Bud desde que "entró en el regimiento". Allí creció y se transformó en un hermoso mono, no muy grande, pero con miembros fuertes, cuerpo sano y un anillo de pelos bien blanquitos alrededor del rostro. Aunque a veces era malvado y desobediente, por lo general era un caballero y el más encantador animalito que se pueda imaginar. Aprendió en una escuela dura, pues los soldados con los cuales vivía eran grandotes, tenían las manos pesadas y nunca vacilaban en usarlas. Con todo, no pudo haber encontrado un mejor hogar, pues nada le faltaba y casi todos eran sus camaradas.

Hasta entonces, Bud había vivido en un barco carguero en Egipto, y disfrutaba de un clima realmente apropiado para los monos: sol y calor. Pero cuando los soldados lo llevaron a su cuartel en Europa, los días cenicientos y el frío intenso del norte de Francia y Bélgica disminuyeron la vivacidad de Bud y de sus compañeros. Dos soldados hicieron una casita para que se abrigara, forrada con una caliente alfombra de piel, y con una puerta que podía cerrar por dentro. Bud pasó un día entero abriendo y cerrando la puerta y jugando sólito a las escondidas.

Luego, el frío se hizo tan intenso, aun en su refugio, que Bud quedó un día o dos sentado, temblando, a la puerta de su "casita", como pensando, pensando... Entonces se le ocurrió uno de los planes más inteligentes que un animal jamás haya ideado.

Un cachorrito, marrón y blanco, vagaba cerca de los establos. El perrito apenas había comenzado a caminar firme. Bud entonces pensó que un cachorrito era justamente lo que él quería, de modo que salió corriendo y se adueñó del cachorro.

Después de limpiar cuidadosamente su presa, Bud la colocó en el abrigo calentito y, colocándose a la puerta, se puso a 'conversar' animadamente con él. El cachorrito se resistió con todas sus fuerzas a que lo limpiara, pero Bud con toda calma lo dominó con algunas palmadas.

A continuación, Bud quedó muy preocupado pensando qué podría hacer para conservar a su prisionero en casa, y con una paciencia fuera de lo común para un animal que piensa poco, consiguió finalmente convencer al animalito, que era su nueva "bolsa de agua caliente", que era más saludable estar dentro de casa mientras su 'jefe' salía a trabajar.

Finalmente, contento porque todo estaría bien en casa, Bud salió y fue a la cocina del cuartel, donde consiguió huesos y carne para su recién encontrado compañero. Desde aquel día en adelante, y hasta llegar el verano, el mono y el cachorrito no se separaron. ¡Y cómo se divertían los soldados con ellos! Bud consiguió comida para el cachorro, teniendo generalmente el buen sentido de traerle huesos; pero a veces traía algo para saborear él mismo, naranjas, por ejemplo, y hacía que el perrito las comiera también. Era realmente muy divertido ver a Bud cuidando del cachorrito durante una caminata, o dándolo vuelta de un lado al otro para sacarle el barro y limpiarlo cuidadosamente antes de dejarlo entrar en su refugio.

El cachorro se desarrolló bien, engordó y rápidamente descubrió que si se comportaba bien, sería cuidado y alimentado por su extraño dueño; pero tenía que ir a la cama y ser acariciado cuando Bud sentía frío.

De ese modo, Bud, el mono inteligente, logró soportar aquel invierno que fue muy riguroso para otros monos-mascota; después, cuando caía la primera helada, Bud salía en busca de algún cachorrito gordinflón para pasar con él el frío invierno. Una vez, sin embargo, se equivocó rotundamente, escogiendo un cachorrito que creció demasiado rápidamente y casi lo echa fuera

CAPITÁN, EL CABALLITO INTELIGENTE

El Sr. Harry Lauder, famoso cantor y artista escocés, trabajó cuando era muchacho en una mina de carbón donde se utilizaban ponis para tirar de los vagones de carbón. El Sr. Lauder trabó una amistad especial con uno de aquellos caballitos. Este es un resumen de esa interesante historia:



"Cuando conseguí un empleo como cochero en la mina de carbón en Cadzow me sentí encantado por estar entre los caballos. ¡Qué compañeros maravillosos eran! Fuertes, resueltos, inteligentes, los caballitos cautivaban mi interés cada hora del día y de la noche. Claro que para ellos no hay día o noche; realizaban su trabajo en turnos.

"En Cadzow trabajó conmigo un maravilloso poni. Se llamaba Capitán. Era la expresión de la salud y la fuerza, aunque ya estaba trabajando en la mina hacía varios años. Capitán entendía cada palabra que se le decía. Su semblante era mucho más expresivo que el de muchos hombres que conozco. Era capaz de contar cuántas cargas habíamos llevado. Por medio de qué proceso de raciocinio o instinto lo hacía, ninguno de nosotros tenía la menor idea. Pero si yo le preguntaba al terminar su turno: '¿Cuántas cargas, Capitán?', él golpeaba con la pata derecha en el piso tantas veces como habían sido las cargas. ¡Y nunca equivocó el número! Y también sabía, con un margen de error de uno o dos minutos, cuándo era la hora de terminar el turno, y después nadie conseguía hacer que Capitán tirase de otra vagoneta de carga. Nadie, a menos que se le explicase, de forma completa y exacta, el porqué era necesario otro viaje más.

"Cierta vez, este querido compañero salvó mi vida. Estábamos los dos yendo al lugar donde se extraía el carbón, y teníamos que pasar por una galería donde había caído la empalizada, formando una caverna de paredes tan altas que daban miedo. Cuando llegábamos a aquella oscura caverna yo quedaba tenso y asustado, y pienso que Capitán también sentía lo mismo. Por eso, siempre tratábamos de pasar lo más rápido posible. Sin embargo, una vez el poni se empacó y permaneció inmóvil justo frente a la entrada de la caverna. Sin pensar mucho, traté de obligarlo a continuar. No me hizo caso. Le di un fuerte chicotazo, y él, reculando, contempló a su alrededor y me miró en el rostro. '¿Qué hay de malo, Capitán?', indagué. Al hacer esa pregunta, escuché, en el mismo instante, el más terrible sonido que puede asaltar los oídos de un minero: el crujir del mundo encima de él, justamente antes que la tierra y las piedras comiencen a caer estruendosamente.

"Capitán dio una vuelta completa buscando la relativa

seguridad del túnel que ya habíamos dejado atrás. En el momento siguiente quinientas toneladas de material, con el sonido como de un trueno, cayó dentro de la caverna frente a nosotros. La corta distancia que nos separó del desastre puede ser medida por el hecho de que la rueda tirada por el poni fuera de las vías fue luego encontrada llena de pedregullo. Estando seguros ya, en el túnel, abracé y besé a Capitán varias veces. Sus oídos sensibles habían escuchado el aviso antes que los míos. El sabía qué hacer y, como consecuencia, salvó la vida de los dos. Años más tarde yo hubiera hecho de todo para poder comprar a Capitán y darle la merecida libertad a la luz del Sol, pero él había muerto en la mina".

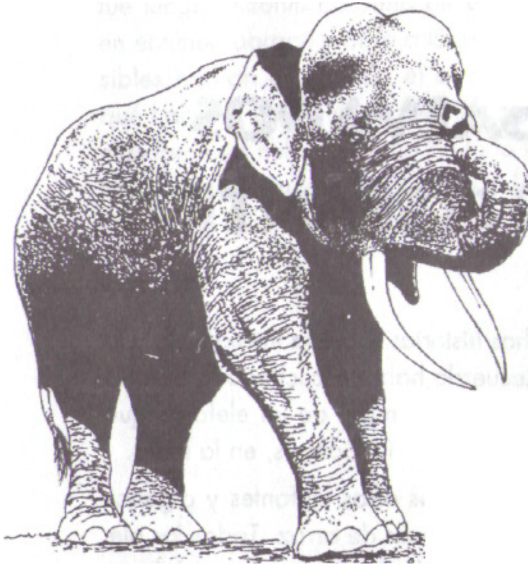
NIÑOS SALVADOS POR UN ELEFANTE

Tal vez hayas oído muchas historias sobre la inteligencia y la sabiduría de los elefantes. Recuerdo haber escuchado la historia de *Old Soup* (Vieja Sopa), curioso nombre de un elefante que vivió durante mucho tiempo cerca del Río Ganges, en la India.

Old Soup trabajaba con muchos otros elefantes y algunos soldados, cargando un barco con sacos de arroz. Todos los elefantes pertenecían al Mayor Daly, el oficial que comandaba a aquellos soldados

¡Esta historia ocurrió cuando *Old Soup* ya había cumplido 100 años de edad! Mientras los elefantes marchaban, uno detrás del otro, y dejaban al lado del barco los sacos de arroz, los hijitos del Mayor Daly (un niño y una niña) estaban allí cerca observando el trabajo de aquellos animales. ¡De repente, uno de los elefantes comenzó a arrojar sus sacos de arroz al río! Al instante, el Mayor Daly entendió que aquel elefante había enloquecido. El animal mató rápidamente al hombre que lo dirigía, y entonces corrió hacia donde estaban los niños. Aterrorizados, corrieron precipitadamente junto con su niñera tratando de entrar en la casa.

Qué hubiera sucedido si ellos no hubieran sido ayudados, nadie puede decirlo; pero, afortunadamente, *Old Soup* estaba allí. Cuando vio que el elefante enloquecido corría detrás de los niños, arremetió violentamente contra él y luchó con el monstruo hasta verlo derribado y muerto.



Fue una lucha terrible, que duró más de una hora. Aunque *Old Soup* fue el vencedor, quedó con muchas heridas como recuerdo. Tenía cortes profundos en las orejas, la cabeza estaba muy herida y uno de sus colmillos había sido arrancado; pero había salvado la vida de los hijos de su dueño. No es de extrañar que después de un acontecimiento tan emocionante, *Old Soup* se transformara en la mascota de la familia. Pero llegó a ser más que una mascota. Servía a la familia como paje de los niños, pues muchas veces los llevaba en su lomo de paseo o a jugar al aire libre. El Mayor Daly siempre decía que prefería confiar sus hijos a *Old Soup* que a muchos pajes hindúes.

A aquel viejo y sabio elefante le gustaba ayudar a los niños y atrapar peces en el Río Ganges. Jim, el hijo mayor, colocaba la carnada en el anzuelo, y después sacaba el pez del anzuelo; pero el viejo compañero hacía el resto. Y ningún pescador se sentía más feliz al recibir su bocado que *Old Soup.* Pero, ¿no te parece que aquel elefante merecía un nombre más bonito?

CASTIGO PARA UN TIGRE

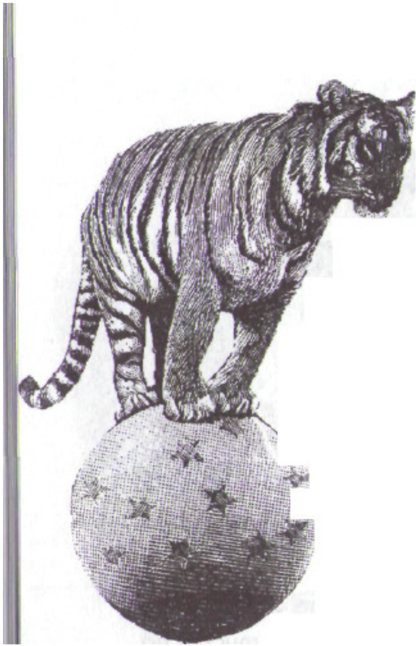
Raja era un bello tigre que vivía en un campamento para animales salvajes. Como era muy feroz, todos le tenían miedo. Llegó a matar a algunas personas, inclusive a uno de sus guardianes, y casi mató al jefe de los domadores.

Pero Raja no siempre era feroz. Acostumbraba a desfilar en la pista del circo montado sobre un elefante, con un muchacho negrito vestido con pantalones blancos sentado sobre su anca. Si el niño no hubiera tenido miedo de ensuciar sus bellos y blancos pantalones, Rajó podría haber sido un buen tigre toda su vida.

La piel de Raja era oleosa y acumulaba mucho polvo; por eso, el muchacho, como no quería ensuciar sus pantalones, los cubría con las puntas de la piel de león sobre la cual Raja estaba sentado.

Un día, cuando estaban desfilando, el niño resbaló y cayó, arrastrando consigo la piel de león; y ¡allá se fue también Raja al suelo!

Inmediatamente, las mujeres comenzaron a clamar y los hombres a gritar, en una terrible confusión. El domador estaba allí, y tomando al tigre por el pescuezo, lo sujetó bien hasta que le trajeron una cuerda. Después, con tremenda dificultad luchó arduamente para lograr que el tigre montara de nuevo sobre el elefante. Finalmente, alguien trajo una escalera y el tigre subió. Pero, antes de sentarse en el lomo del elefante, Rajó miró al elefante y al domador, y le dio a éste un tremendo zarpazo del que el hombre escapó por un pelo. Aquella fue la última vez que ese tigre cabalgó sobre un elefante, pues los guardianes sabían que ya no podían confiar en él.



Aunque Rajá era temido por todos en el campamento, cierta vez un cuaga, que es un animalito africano parecido a una cebra, lo derrotó totalmente.

El domador estaba de pie en el puente que unía la jaula de los animales con la pista recubierta de aserrín, cuando sorpresivamente el cuaga pasó raspándolo. Pensando que el cuaga había salido porque alguien había dejado la puerta abierta, el domador quiso adelantarse para cerrarla. Pero antes de que pudiera moverse, apareció Rajá persiguiendo al cuaga, y ambos entraron en la pista. El aterrorizado cuaga corría desesperadamente, dando vueltas en la pista para salvar su vida. Pero eso no podía durar mucho. En la sexta vuelta, el tigre se lanzó sobre el cuaca, y éste, pensando que por lo menos debía intentar salvarse, dio una tremenda coz al tigre. Nunca más Raja persiguió un cuaga.

EL TIGRE Y LA FLAUTA

Gunga se sentó en el muro de piedras que rodeaba el estanquecito que había en el jardín. Observaba los peces azules y dorados que se lanzaban hacia dentro y hacia fuera, debajo de las flores de lirios acuáticos. ¡Qué lindo era aquel jardín, con sus árboles altos y graciosos, con aquellos ondulantes helechos y flores de todos los colores! Pero Gunga parecía muy, muy triste. Estaba pensando cuánto tiempo pasaría todavía hasta que llegase a ser adulto.

Gunga se sintió muy infeliz durante todo aquel día. De mañana, muy temprano, antes del amanecer, casi todos los hombres de aquella hacienda habían salido para cazar al tigre. La villa vecina había sido perturbada recientemente con las visitas de esa terrible fiera. La población se asustó tanto que le pidió al hombre blanco, al patrón de Gunga, que fuera a matar a aquel enemigo. De modo que fueron a una gran cacería, dejando a Gunga en casa con las mujeres. Todavía era muy pequeño para ir a una cacería de tigre, y sólo podría estorbar.

Por lo tanto, aquel día para Gunga fue un día terrible. Quiso jugar con Arturo, el hijo de su patrón, pero la gobernanta no se lo permitió porque no quería ser incomodada. Y la patrona,

Mem-sahib, de quien Gunga gustaba inmensamente, estaba con mucho dolor de cabeza, causado por el ardiente sol de la India. Por ese motivo, debía reinar mucho silencio para no perturbar a *Mem-sahib.* Ni la flauta que ella le había regalado a Gunga le trajo algún consuelo.

Aquella flauta era el objeto más precioso que Gunga poseía. ¡Cómo la amaba! *Mem-sahib* le había enseñado a tocar algunas melodías muy fáciles. A veces, ella lo acompañaba al piano.

Un día, mientras ellos estaban tocando, una cobra penetró por la ventana abierta, deslizándose a través del piso, y luego se detuvo con la cabeza bien erguida, moviéndose hacia delante y hacia atrás al sonido de la música. Quien primero la vio fue Gunga. Y al verla, con los ojos llenos de pavor, dijo en voz baja:

— ¡Una cobra, *Mem-sahib,* una cobra!

Volviendo la cabeza sobre los hombros, *Mem-sahib* miró la cobra, pero continuó tocando. Aunque estaba blanca de miedo, no dejó de tocar.

—A las cobras les agrada la música, Gunga —dijo ella bajito—. Ella no nos va a hacer mal.

Entonces, sin que Gunga tuviera tiempo de pensar qué hacer, hubo un ruido. Mungi, un animalito que tenían como mascota, atrapó a la cobra por el pescuezo y luego se puso a sacudirla hasta que la mató.

Gunga quedó pensando en la cobra y en la música, y le hizo preguntas a *Mem-sahib.* Entonces ella le contó algunas extrañas historias acerca de animales que quedan encantados con la música.

—A algunos animales les gusta la música —dijo ella — pero otros la odian y la temen. El feroz tigre de bengala queda asustado al oír el sonido del flautín.

— ¡El terrible comedor de gente! —exclamó Gunga.

Entonces *Mem-sahib* le explicó que las notas agudas hieren el delicado tímpano del tigre. A Gunga le fue difícil creer en todo eso, pero escuchaba cortésmente.

Mientras recordaba esas cosas, Gunga sumergía los pies morenos en las limpias y oscuras aguas del tanque de lirios acuáticos. En el oeste, el Sol se ponía detrás del cerro cubierto de densa vegetación. Ahora el jardín estaba quedando oscuro, pues en los trópicos la oscuridad cae rápidamente.

Gunga estaba pensando en su flauta. "Ahora está más fresco, y tal vez el dolor de cabeza de *Mem-sahib* ya pasó, y ella me acompañará al piano", se dijo a sí mismo. Hacia allá se fueron aquellos pies morenos, sonando sobre la calzada de piedras. Gunga atravesó el jardín hasta la otra punta, donde estaban las dependencias de los empleados. Penetró en un cuartito lleno de cosas extrañas que les gusta a los muchachos. En un rincón había una caja de madera de sándalo. Gunga la retiró, y de adentro sacó la delgada flauta negra. La acarició por un momento, y entonces volvió corriendo hacia el jardín.

Ahora ya estaba quedando bien oscuro. ¡Qué lindo parecía el jardín a media luz! El fuerte aroma de los árboles llenaba el aire, y se podía oír el melancólico zumbido de los insectos nocturnos. Al llegar a la terraza, Gunga pasó por ella tan suavemente como un gato y se dirigió silenciosamente a la puerta. Durante un momento espió hacia dentro con sus penetrantes ojos castaños, y entonces se deslizó por el corredor. No podía dejar que los sirvientes lo vieran, pues podrían enojarse con él y expulsarlo de allí. *Mem-sahib,* sin embargo, no lo reprendería. El quería encontrarla. La casa estaba extrañamente silenciosa. Sin ser notado por ninguno de los sirvientes, Gunga fue a buscar a

Mem-sahib en el cuarto de Arturito, pues quería mucho ver al nene. En el fondo del corredor vio que la puerta estaba abierta y, cautelosamente, se dirigió hacia ella.

Se paró en el umbral, horrorizado con lo que vio. En la terraza, próximo a las ventanas abiertas, se hallaba la forma de un enorme tigre agachado. Era el famoso comedor de gente. Ningún otro tigre hubiera tenido el coraje de penetrar tanto en la vivienda de un hombre. Moviendo el rabo, tenía los ojos verdes y chispeantes fijos en alguna cosa del otro lado de la habitación. Era la cuna blanca de Arturito. Siguiendo los ojos del tigre, los ojos de Gunga vieron al pequeño Arturo saludando con la mano al tigre y exclamando "¡Lindo perrito! ¡Lindo perrito!" Allí estaba la misma *Mem-sahib,* arrodillada y con los brazos alrededor de su hijito. Su rostro estaba pálido y tenso, con los ojos fijos en el tigre. A los pies de la cama estaba Bilji acostada, toda estremecida. En ese momento se despertó todo el coraje latente en el interior de Gunga. El tigre comenzaría a avanzar, y era su deber salvar la vida de *Mem-sahib y* de Arturo, y para eso estaba dispuesto a sacrificarse a sí mismo por ellos.



El valiente Gunga se puso rápidamente entre ellos y el tigre, blandiendo la flauta por encima de su cabeza. Dejando de mirar a la mujer y a su hijo, el tigre comenzó a mirar furiosamente al intruso.

— ¡Tu flauta, Gunga, tu flauta! —dijo bajito la señora — ¡De prisa Gunga, deprisa!

Gunga recordó lo que había sucedido con la cobra y la música, y las historias que *Mem-sahib* le había contado. En el mismo instante, con la flauta en la boca, hizo resonar en el cuarto las notas extrañas y penetrantes de una melodía hindú. El gran tigre se levanto rugiendo de furia y con el pelo del lomo todo erizado. Gunga continuó tocando firme, sin desviar los ojos del animal. El tigre dio un paso hacia atrás. Gunga, cautelosamente, dio un paso al frente, en dirección al animal. El tigre dio otro paso para atrás. Gunga lo siguió. ¡Qué marcha solemne y extraña! El tigre se fue retirando por el camino a través del jardín, atravesó el portón y siguió el camino blanquecino y polvoriento que iba hasta las plantaciones de mangos. Gunga lo seguía resuelto, tocando la flauta y conservando los ojos fijos en aquellos crueles ojos verdes. Todas las veces que el tigre paraba, Gunga también paraba.

Pronto llegaron a la plantación de mangos, y Gunga se puso a pensar en qué debía hacer ahora. Su boca se estaba poniendo caliente y seca. Pronto no sería capaz de tocar una sola nota, y sabía que entonces el tigre avanzaría sobre él. La oportunidad de escapar era muy pequeña, pero se sentía muy contento por haber salvado la vida de *Mem-sahib* y de Arturito.

Finalmente, Gunga y el tigre habían llegado al monte de mangos. Parecía que Gunga no podía tocar ni siquiera una nota más cuando, de repente, sonaron tiros de escopeta. El tigre, rugiendo y aullando, dio un salto y cayó muerto a los pies de Gunga. Y Gunga también dio un pequeño salto y cayó.

Gunga recuerda que, después de eso, percibió que su señor, la señora y los cazadores estaban allí de pie, a su alrededor, y que oyó la tierna voz de *Mem-sahib* diciendo:

— ¡Qué valiente es Gunga! ¡Qué valiente! ¿Estará muerto?

Gunga no estaba muerto ni herido. Abrió los ojos y les sonrió. Entonces ellos lo llevaron a la casa.

Después de eso, Gunga llegó a ser el niño predilecto de toda la hacienda. El tigre que los cazadores no habían conseguido encontrar había sido dirigido fuera del área residencial por el pequeño Gunga. Ahora él se siente muy feliz porque lo llaman "El cazador valiente". Si pudieras dar una mirada en el cuarto de Gunga, podrías ver en el suelo una gran piel amarilla con listas oscuras. Y Gunga, entonces, con muchos floreos, te contaría su gran aventura con el terrible comedor de gente.

CÓMO FUE AMANSADO UN OSEZNO

Cierta vez, cuando regresaba de Alaska, el buque Alicia hizo escala en Juneau, y allí el capitán del barco recibió de regalo un osezno polar. Inmediatamente le puso el nombre de aquel lugar, Juneau, y lo ató con una cadena en la cubierta, para entretenimiento de los pasajeros.

Todos manifestaban gran interés en el extraño gordinflón, lo que se puso bien de manifiesto por los varios pies y manos arañados, pues el osezno se negaba a mostrarse amigable con los seres humanos. Era un salvaje malvado, siempre gruñendo y listo a corresponder con dentadas a toda demostración de buena voluntad. Finalmente, los pasajeros decidieron evitarlo.

Pero, había a bordo una inteligente muchacha india, llamada Mary, que persistía en hacer amistad con Juneau. Los tutores de la niña quedaron alerta, pensando que en cualquier momento sería arañada por el osito; pero pronto fue evidente que ella era capaz de cuidar de sí misma.

Todas las noches Mary reservaba su postre de fruta y torta para alimentar a Juneau. Él simplemente devoraba aquellas

ofrendas de paz, pero con sus garras continuaba amenazando a su admiradora. Mary, sin embargo, tenía un plan.

Un día, cortó una manzana en pedacitos y deliberadamente se sentó en la cubierta, dentro del círculo reservado al osezno. Tal atrevimiento hizo que el osito se levantase y mirase a Mary mientras ella tomaba pedacitos de manzana y los colocaba en el círculo, comenzando lo más cerca que le era posible del osito, y después colocándolos más y más lejos, en dirección de los pies de ella. Después puso pedacitos de manzana en su rodilla, en la falda, aquí y allí, hasta en el brozo y en el hombro. Finalmente, colocó el corazón de la mangana en su propia cabeza.



Todo eso fue hecho bien lentamente y con mucha reflexión. Al terminar, Mary permaneció inmóvil como una estatua. Parpadeando y gruñendo, el astuto osito se dirigió furtivamente hasta la línea de pedacitos de manzana. Tan suculentos y sabrosos estaban, que él, poniendo de lado todo miedo y malicia, se fue aproximando todo contento a los pies de Mary. Allí se detuvo para examinar aquella figura tan quieta, y viendo que ella no se movía ni le hacía caso, continuó su fiesta.

Bien lentamente, y con mucha cautela, examinó el vestido, no perdiendo ningún bocadito, y finalmente olfateó el hombro de la niña. Despacito, despacito, se fue acomodando en su regazo mullido, se irguió sobre las patas traseras y colocó las delanteras en el pecho de Mary. Y entonces rápidamente devoró los restantes bocaditos de manzana, quedando apenas el tentador corazón en la cabeza de la muchacha. Entonces el osito, agarrándose con las afiladas garras al tejido de la chaqueta de Mary, subió al hombro de ella, se agarró a su cuello para mantener el equilibrio y mordió el corazón de la manzana.

Los otros pasajeros, al observar a Mary y Juneau pensaron cómo era posible que ella pudiera permanecer tan inmóvil. El coraje de esa muchacha nunca la decepcionó. Ni siquiera parpadeaba para mostrar que estaba viva; y entonces el cauteloso osezno, con un gruñido de profunda satisfacción, volvió a dormir a su caja. Hasta entonces la niña no se había movido de su incómoda posición. Entonces se irguió de un salto y, rebosante de alegría, fue a contarle a sus amigos cómo había conquistado a Juneau.

Al día siguiente, mucha gente de pie, a una distancia respetable, quedó observando la nueva hazaña. La experiencia del día anterior fue repetida con mayor éxito todavía, pues Juneau terminó acurrucándose y durmiéndose en el tibio regazo de Mary.

Naturalmente, después de eso, aquellos dos nativos de Alaska se hicieron buenos amigos. Al llegar al puerto de San Francisco, el capitán desató al bello osezno y lo colocó en los brazos de la única persona que había conseguido amansarlo

LA NOTABLE MEMORIA DE UN TIGRE

Esta historia nos habla de un tigre que, después de mucho tiempo, reconoció al marinero que lo había cuidado bondadosamente cuando todavía era un cachorrito.

Un día llegó un circo a una ciudad de Inglaterra. En las jaulas había animales feroces. A causa del intenso calor, los animales estaban somnolientos e indiferentes. Nadie tenía interés en ver animales durmiendo; por eso, toda la gente se fue.

De repente, un tigre, un verdadero tigre de bengala, se levantó y dio un rugido tan fuerte que todo el circo tembló.



¿Qué había sucedido? Un marinero había pasado cerca de la jaula. Tenía el rostro quemado por el sol, el cabello pelirrojo y, en la cabeza, el usual quepis de marinero. Se aproximó a la jaula del tigre y fijó los ojos en él.

Entonces, metiendo la mano a través de las rejas, acarició al felino como si estuviera acariciando a un gatito. Mientras lo acariciaba, el marinero decía:

— ¡Hola Billy, mi viejo amigo! ¿Cómo te va?

Todas las personas que estaban observando quedaron temblando, pues pensaron que aquel tigre, de apariencia tan feroz, arrancaría furiosamente el brazo del marinero. Pero, en vez de eso, el gran animal refregó tiernamente la cabeza en Jack, el marinero, y ronroneó tan alto como si alguien estuviera dando cuerda a un enorme reloj.

Las personas se amontonaron para ver aquel maravilloso encuentro, y mucha gente fue a preguntar al propietario del circo quién era aquel hombre. Pero el propietario no lo sabía.

El marinero, después de acariciar al tigre por algunos minutos, le dijo a uno de los guardianes de las jaulas:

— Por favor, amigo, abra la jaula de Billy. Es un antiguo compañero mío, en el barco, y quiero entrar a conversar con él, recordando los viejos tiempos.

El guardián se asustó muchísimo. Sabía que no se podía confiar en aquel tigre, y no quería ver al marinero ser devorado. También temió que si abriera la jaula, el tigre podría escapar. Por eso le preguntó al marinero:

— ¿Usted está hablando en serio?

—Claro que sí —respondió Jack—. Mírelo. ¿No se da cuenta de que me conoce?

El tigre ronroneó nuevamente, como queriendo decir:

—Sí, yo lo conozco realmente. Por favor déjelo entrar.

Finalmente, el cuidador abrió la jaula con una de las manos, mientras en la otra tenía una pesada barra de hierro, lista para dar el golpe si el animal intentaba salir. Cuando la puerta

fue abierta, todas las personas presentes retrocedieron con miedo de que aquel terrible tigre las devorase. Billy, sin embargo, estaba tan interesado en su amigo, el marinero, que ignoró totalmente a las otras personas.

Una vez dentro de la jaula, el marinero permaneció quieto, en tanto el tigre daba vueltas, refregando las ancas traseras contra el hombre. Después, el animal se irguió sobre las patas traseras y afirmó las otras dos patas sobre los hombros de Jack. El marinero tomó su sombrero y lo puso en la cabeza de Billy.

Fue una escena muy graciosa. Las personas comenzaron a reír, aunque todavía estaban temerosas sobre lo que podría suceder con el marinero. Pero éste, tomando el sombrero y colocándoselo en su propia cabeza, dijo:

— ¡Billy, ahora vamos a ver si recuerdas las lecciones que te enseñé hace tanto tiempo!

Mientras hablaba, extendió totalmente el brazo derecho; de un salto, el tigre pasó por encima de él, pareciendo tan liviano como una pluma.

— ¡Otra vez, Billy! —ordenó el marinero.

Y aquel animal salvaje, ahora tan manso, obedeció inmediatamente.

— ¿Cómo consiguió enseñar a este tigre todas estas hazañas? — indagó el cuidador, desde el lado de afuera de la jaula, mientras aplaudía por la manera en que el tigre obedecía todas las órdenes.

— Fue fácil —respondió Jack—. Lo cuidé en el barco cuando era apenas una cría. Lo traté cuando estaba enfermo y después, cuando se recuperó, le enseñe a hacer algunas proezas. Y tú no las has olvidado todavía, ¿verdad, mi muchachuelo? —dijo el hombre volviéndose a Billy.

Con un rugido amigable, el tigre como que respondió:

— Ni un poquito.

—Ahora, Billy —habló el marinero golpeando las manos con fuerza— acuéstate.

En el mismo instante el gran tigre se acostó al lado del hombre, como si fuera un gato. Jack se inclinó sobre él, dándole palmaditas en la enorme cabeza. Luego el marinero comenzó a cantar, y el tigre a marcar el compás con la pata, en el piso de la jaula, hasta que la misma comenzó a temblar. Cuanto más alto el hombre cantaba, más fuerte el animal golpeaba la pata en el suelo, dando la impresión de que nada haría detener aquellos impresionantes golpes.

Jack ya estaba por decirle a Billy que hiciera otra de sus hazañas, cuando vio un reloj cerca de allí.

—Mira, Billy —le dijo—. Ya es más tarde de lo que pensaba. Si voy a tomar el tren de la tarde para regresar a mi barco, tengo que ir saliendo. ¡Hasta luego, Billy! Sabes que a veces los mejores amigos se deben separar.

Cuando Jack se dirigió a la puerta de la jaula, el tigre estaba tan cerca que el cuidador tuvo miedo de abrir la puerta, pensando que el animal acompañaría a su amigo. Tres veces Jack intentó salir, y todas las veces Billy se puso tan cerca que el cuidador tuvo miedo.

—Mira Billy, me estás creando un problema. Vine aquí para hacerte una visita, y ahora parece que deseas que me quede, o quizá quieres ir conmigo. Es la hora de retirarme, y los marineros deben cumplir con su deber

El cuidador estaba empezando a preocuparse mucho, temiendo que el tigre se enojase y atacase al marinero. Fue rápidamente a buscar un gran pedazo de carne cruda y la arrojó hacia el lado opuesto, dentro de la jaula Y así Jack pudo salir de la jaula a través de la puerta

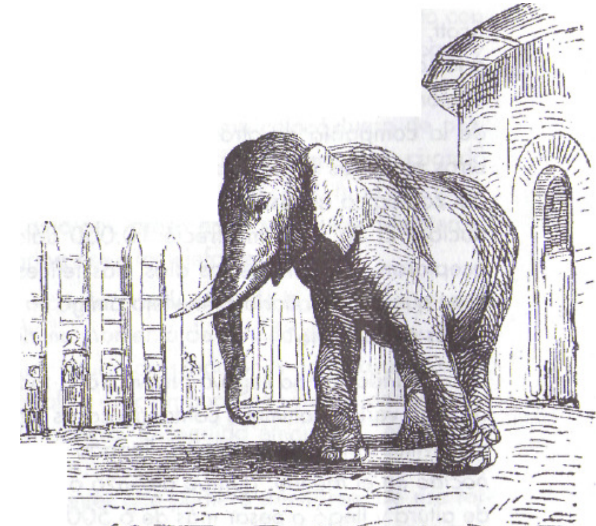
JUMBO, EL AMIGO GIGANTE DE LOS NIÑOS

Hace muchos años, Mateo Scott, que era entonces un muchacho de diecisiete años, fue a buscar trabajo en el jardín zoológico de Londres. Su gran deseo era estar siempre entre los animales; por eso fue para él un día muy feliz cuando lo admitieron, pues su ideal se había realizado.

Más tarde, ya hecho hombre, Mateo Scott escribió un largo relato sobre su interesante compañerismo con el elefante Jumbo, el amigo gigante de los niños. El dijo: "Recuerdo muy bien el día cuando se anunció que pronto llegaría al zoológico un bebé elefante africano, con dos orejas enormes, parecidas a aquellas antiguas puertas de dos hojas. Me sentí muy feliz cuando el gerente decidió que yo lo cuidara. El anuncio de su llegada despertó tanto interés que cuando llegó el barco que lo traía de África hubo gran agitación en toda la ciudad; parecía que todos los niños y niñas de Londres habían ido a verlo.

"El elefantito era realmente una curiosidad debido a su forma peculiar y a sus grandes orejas. Fueron a examinarlo miembros de varias sociedades científicas. Le puse por nombre Jumbo, un nombre que no tenía ningún significado especial; de hecho, creo que no había oído ese nombre nunca antes. Los nativos africanos de la región donde había sido capturado nos dijeron que Jumbo tenía apenas cinco años de edad. Yo sentía mucho placer contándole a los visitantes del zoológico que Jumbo crecería y llegaría a ser el mayor elefante del mundo".

Mateo Scott y Jumbo se hicieron amigos desde el primer encuentro, y de ahí en adelante el pequeño elefante no se dejó gobernar por ningún otro cuidador. Jumbo era como un grande y bien humorado muchachuelo, tenía especial preferencia por las señoras y los niños, y nunca se sentía más feliz que cuando llevaba a los niños a través del parque. Como crecía muy rápido, en pocos meses hubo que ponerle una silla de montar más grande.



"Un día", escribió Mateo Scott, "mientras Jumbo caminaba a través de la multitud, se paró de repente; y cuando le ordené que continuara andando, no se movió. Desde mi asiento en la silla, observé entonces que una señora venía corriendo, agitadísima, en dirección a Jumbo. Inclinándome hacia un lado, vi que un niño de dos o tres años, se había caído y estaba acostado junto a las patas delanteras de Jumbo. El animal no se movió hasta poder tomar con su trompa al niño y entregarlo a su madre".

En esa época, el dueño de un famoso circo americano, el Sr. Barnum, vio a Jumbo y quiso comprarlo, ofreciendo por él 50.000 dólares. El joven Mateo temió que los directores del zoológico aceptaran la oferta, pero ellos le aseguraron que no venderían por nada a su notable elefante.

"Sin embargo, algunos años más tarde", escribe el Sr Scott, "Jumbo comenzó a tener crisis de mal humor, que dejaban a los directores muy alarmados. Les dije entonces que los elefantes son animales sociables, y que lo que Jumbo sentía era la falta de la compañía de otros elefantes. Como el Sr. Barnum tenía otros elefantes en su gran circo americano, el superintendente del zoológico aconsejó la venta de Jumbo por un precio bien reducido. El Sr. Barnum ofreció 10.000 dólares, y los directores aceptaron. Fue uno de los días más felices de mi vida cuando supe que acompañaría a mi viejo amigo en su viaje a América a través del océano"

Cuando Jumbo llegó a Nueva York, todos los periódicos dedicaron varias columnas contando cosas interesantes acerca del maravilloso elefante que había llegado a ser *el mayor animal conocido en el mondo* ,jumbo alcanzó a tener más de tres metros de altura y llegó a pesar más de 6.500 kilos!

El Sr. Scott afirmó que Jumbo era diferente de todos los otros elefantes del, Sr. Barnum. "De nada servía castigarlo o forzarlo a obedecer. El me obedecía porque me amaba. Siempre que le revelaba mis deseos, me obedecía. Al igual que un niño, a veces se mostraba caprichoso y malhumorado, y entonces me pedía que lo acariciara; y cuando yo quedaba cerca de él, enseguida dominaba su mal humor,

"Jumbo era muy travieso también. Como mi cama en el vagón donde yo dormía quedaba cerca de él, a veces esperaba hasta que me durmiera, y entonces cuidadosamente me sacaba las frazadas sin despertarme. Cuando hacía frío, a veces las encontraba metidas en el ventilador que estaba en el techo. Recuerdo que cierta vez encontré mi ropa metida con todo cuidado en la reja del vagón, fuera de mi alcance. Pasé casi media hora buscándola, mientras el elefante se hacía el inocente y balanceaba su trompa como si fuera un enorme péndulo. Era su manera de decirme que estaba muy contento. Finalmente, me señaló con la trompa la reja, y entonces le pedí que me devolviera la ropa, y así lo hizo.

"Muchas veces Jumbo me tomó y me colocó fuera de peligro, y en varias ocasiones me salvó mi vida. Cierta vez, cuando nuestros elefantes se desbandaron en pánico, Jumbo me tomó con su trompa y me dejó allí, preso entre sus patas delanteras, hasta que cesó la alarma entre los elefantes.

"No me agrada recordar los detalles de la repentina muerte de Jumbo. Hasta el último momento de su vida demostró su afecto por mí. Parecía que intuía las situaciones peligrosas. Cierta vez, cuando un tren fatal se aproximaba, me salvó, colocándome rápidamente fuera de peligro. Enseguida empujó a Tom, su hijo, hacia fuera de las vías, pero demoró más de lo que debía y la máquina lo atropello antes que pudiera desviarse. De esa forma murió Jumbo. Era un rey, y como un rey enfrentó la muerte."

Ese afectuoso y dócil gigante del mundo animal murió en un accidente en las vías del ferrocarril. Tal vez ningún otro animal fue conocido por mayor cantidad de niños y niñas que Jumbo.

UN HÉROE AFRICANO

Un viejo león había hecho algunas desagradables visitas a un Kraal, es decir, a un pequeño grupo de cabañas, en una de las cuales vivía un nativo que era cristiano. Un día, ese nativo y dos compañeros salieron armados en busca del león, esperando hacer un ajuste final de cuentas con él.

Apenas a pocos kilómetros del Kraal, al descender a un pequeño valle, se encontraron de repente con un enorme león alimentándose con los restos de una osamenta. El león, que prefería carne fresca, demostró alegría al verlos, y sin ninguna ceremonia se adelantó para saludarlos.



Los hombres, terriblemente asustados, se negaron a la entrevista y huyeron para salvar la vida. Mientras corrían, el cristiano sobrepasó a sus compañeros paganos; pero de repente le vino un pensamiento: "¡El león matará a uno de esos hombres, y ninguno de ellos está preparado para morir! ¡Yo estoy preparado, gracias a Dios! ¡Es mejor que yo muera, dándoles así a ellos tiempo para arrepentirse!"

Inmediatamente se detuvo y dio media vuelta. Los otros dos hombres siguieron adelante, y antes de que pudiera dejar de pensar en su muerte voluntaria en favor de sus vecinos paganos, y comenzar a pensar en defenderse con su arma, el león se lanzó sobre él con toda su fuerza. Furiosamente, con su pata, lo hirió en el pecho, rasgándole la piel y la carne hasta los huesos. Entonces, afirmando la pata delantera sobre el cuerpo del pobre hombre, mordió uno de sus brazos, triturándolo ruidosamente. Al mirar hacia atrás y ver a su amigo en el suelo, atacado por el león, los dos paganos se dispusieron a salvarlo. Se aproximaron lo suficiente como para disparar un tiro certero. En pocos instantes el león cayó muerto al lado de su víctima ensangrentada.

Llevaron a nuestro héroe a la casa, y pronto se recuperó de la terrible experiencia, pero las profundas marcas dejadas por el león las llevará hasta la sepultura. Este incidente nos hace recordar uno de los grandes textos de la Biblia: *"Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros"* (Rom. 5:7, 8).

Ésta es la historia de uno de los nativos africanos, tan lleno del espíritu de sacrificio de Jesús, que estuvo dispuesto a morir por sus vecinos incrédulos.

SALVADO POR UN OSO

Ignacio era cartero en el Polo Norte. Una noche sus seis perros murieron envenenados al comer pescado congelado. Ignacio se encontraba a más o menos 160 kilómetros del puesto más próximo, y la temperatura era de 40 grados bajo cero.

Inmensamente triste debido a la muerte de sus perros, el pobre hombre estaba a punto de desistir de todo y morir; pero tenía la esposa y un bebé que lo esperaban. Sin embargo, ni aun el recuerdo de sus queridos conseguía impedir que sus pensamientos vagasen errantes.

Antes, tenía el placer de conversar con sus perros, que parecían casi humanos; pero ahora no se oía ningún sonido, excepto el estallido del hielo, y nada, nada se veía a no ser nieve de deslumbrante blancura, en una extensión inmensa. Su costra ondulada, con muchos centímetros de espesura, parecía tan sólida como el hielo. La soledad era intraducible. Abandonó parte de la carga de su trineo, y tiraba de él día tras día; a la noche dormía sobre él, envuelto en un saco de piel de animales polares.

Finalmente, el pobre hombre sintió que no iba a aguantar más. Clamó entonces en agonía al grande Padre: "¡Oh, no me dejes continuar así tan solo; envíame a alguien, por favor, mándame a alguien, si no muero!”.

La siguiente noche volvió a acostarse envuelto en el saco de piel y se durmió. De pronto, sintió que algo lo estaba empujando. ¿Qué podría ser? Ignacio abrió los ojos, y allí, delante de él, estaba un gran oso. El animal pareció sorprendido, pues nunca antes había visto algo semejante. Por extraño que parezca, Ignacio no sintió miedo. Se levantó y alimentó al oso con el pescado congelado que todavía le quedaba en el trineo. El oso actuó como si fuera un enorme perro salvaje. Después de satisfecho, se acostó al lado de Ignacio, que entonces tomó su propio desayuno. Y cuando se puso nuevamente en camino, el oso lo siguió trotando a su lado.

"Por cierto, el gran Padre me lo envió", pensó Ignacio. Por la noche, otra vez le dio comida al oso, y ambos se acostaron lado a lado, y el calor del peludo animal trajo vida nueva a Ignacio. Cuando faltaban apenas unos 8 kilómetros para llegar al puesto, de repente el oso cambió de rumbo y se dirigió al inmenso bosque, e Ignacio nunca más lo vio.

Cuando llegó al puesto y contó su historia, el oficial de turno dijo: "Ignacio es el hombre más valiente del Polo Norte; ciertamente el buen Dios envió al oso para que él no perdiera la razón".

ANDROCLES Y EL LEÓN

Hace muchos siglos vivía en el norte de África un pobre esclavo romano llamado Androcles. Su dueño era un hombre muy cruel, por lo que sus esclavos eran muy desdichados. Si dejaban de satisfacer los deseos de su señor, siempre eran castigados y torturados. Androcles aguantó durante mucho tiempo los rigores de aquella vida, pero finalmente, no soportando más, decidió huir. Sabía que al hacerlo correría un gran riesgo, pues en aquel país extranjero no tenía amigos que le pudieran dar seguridad y protección; también sabía que si era encontrado y preso, sería castigado con una muerte cruel. Pero, creía que la muerte no sería tan terrible como la vida que llevaba; y que era posible que pudiera escapar hasta la costa marítima y que algún día, de alguna forma, podría volver a Roma y, quién sabe, encontrar un dueño mejor.

Así que, en una noche oscura, escapó de la casa de su señor y, protegido por las sombras, cruzó la plaza desierta y las calles silenciosas, salió de la ciudad y se cruzó los viñedos que había fuera de los muros. El aire frío de la noche lo ayudaba a andar rápidamente. Al despuntar el Sol en el horizonte ya estaba a muchos kilómetros del lugar donde había sufrido tanto. Pero, ahora, un nuevo terror lo oprimía, el terror de la inmensa soledad. Estaba en una región desierta, improductiva, donde no había señal de ninguna habitación humana. Se sentía tan cansado que no tenía fuerzas para proseguir vagando; por eso, al ver una caverna que parecía fresca y oscura se arrastró hacía dentro, y extendiendo los miembros cansados en el suelo arenoso se durmió.

De repente, fue despertado por un ruido que le hizo helar la sangre en las venas. Al escuchar el rugido de un animal salvaje, se puso de pie y vio un enorme león amarillo-rojizo con grandes dientes, blancos y brillantes, parado a la entrada de la caverna. Era imposible huir, pues la fiera cerraba el camino. Incapaz de moverse por causa del terrible miedo, Androcles quedó allí, de pie, pegado al suelo, petrificado, aguardando que el león saltara sobre él y lo triturara, miembro por miembro.

El león, sin embargo, no se movió. Gimiendo bajito, como si estuviera con mucho dolor, se puso a lamer su enorme pata, de la que manaba mucha sangre. Al ver a aquel animal sufriendo tanto, el esclavo olvidó su propio terror y lentamente se aproximó al león. Este, entonces, irguió la pata, como pidiendo auxilio. Androcles vio que una enorme espina había penetrado en la pata del animal, produciéndole un profundo corte. La pata estaba hinchada y daba la impresión de que dolía mucho. Rápidamente retiró la espina y comprimió bien la hinchazón para parar la sangre. El dolor pasó, y entonces el león, aliviado, se acostó quietamente a los pies de Androcles, moviendo lentamente su espesa cola, tal como lo hace un perro cuando se siente bien y contento.

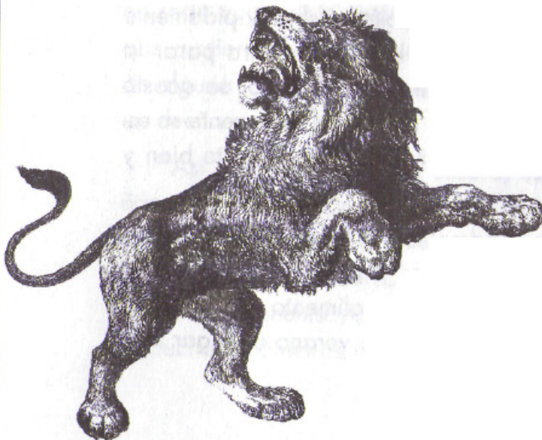
Desde aquel momento, Androcles y el león se hicieron amigos. Durante tres años los dos vivieron juntos en la caverna, de día vagando por los campos en busca de alimento, y a la noche durmiendo juntos, pues la caverna era en verano un lugar más

fresco que el matorral, y en el invierno era más caliente.

Finalmente, en el corazón de Androcles pesó tanto el deseo de volver a convivir con compañeros humanos que sintió que no podía continuar en aquella soledad. Debía ir a alguna ciudad y correr el riesgo de ser tomado preso y muerto como esclavo fugitivo. De modo que, cierta mañana, abandonó la caverna y comenzó a vagar creyendo que iba en dirección al mar y que encontraría una ciudad grande. A los pocos días fue capturado por un pelotón de soldados que estaban patrullando el campo en busca de esclavos fugitivos. Y el pobre Androcles fue encadenado y enviado preso a Roma.

En Roma lo colocaron en la cárcel y lo juzgaron por el crimen de haber huido de su señor. Como consecuencia, recibió la condena de morir despedazado por animales feroces en el primer feriado internacional, en el gran circo de Roma.

Cuando el día llegó, lo llevaron al circo, vistiendo una túnica modesta y corta. Le dieron una lanza, para que pudiera defenderse, aunque era una vana esperanza, pues bien sabía Androcles que tendría que luchar con un potentísimo león, al que habían dejado sin comer durante varios días para ponerlo más salvaje y sanguinario. Al entrar en la arena del gran circo romano, oyó por encima de las voces de los millares y millares de espectadores el rugido amenazador de las fieras, que todavía estaban en sus jaulas subterráneas.



De repente, un silencio expectante dominó a los asistentes. A una señal, llevaron a la arena la jaula en la que estaba el león que debía luchar con Androcles.

Después de un instante, con un rugido salvaje, la fiera saltó furiosamente de la jaula a la arena y avanzó velozmente hacia el rincón donde se encontraba Androcles, de pie, temblando. Pero, de repente, al ver al esclavo, el león se aquietó, sorprendido. Entonces, ligera pero mansamente, se acercó a Androcles moviendo alegremente la cola, y se puso a lamer sus manos y a hacerle fiestas como si fuera un gran perro. Androcles acarició la cabeza del león, con sollozos de gratitud, pues vio que era el mismo león con el que había vivido todos aquellos años,

Viendo aquel extraordinario y extraño encuentro entre el hombre y la fiera, todos los espectadores se maravillaron. El emperador, que estaba en su palco especial, pidió que llevaran a Androcles a su presencia para que le contara aquella extraña historia y le explicara aquel misterio. Al oírlo, se emocionó tanto que ordenó que Androcles fuera liberado, y que desde aquella hora en adelante fuera considerado hombre libre. El emperador lo recompensó con dinero y ordenó que el león pasara a pertenecer al esclavo, debiendo acompañarlo dondequiera que fuera.

Cuando las personas en Roma veían a Androcles andando por las calles, seguido de su fiel león, sin duda amordazado, lo señalaban y decían: "Aquél es el león, el huésped del hombre; y aquel es el hombre, el médico del león".

UN OSO EN LA CHIMENEA

La Sra. Hamilton, esposa de un agricultor de California, estuvo buena parte de la mañana trabajando en una plantación de papas, y después volvió a la casa para preparar el almuerzo. Al entrar, se asustó muchísimo, pues encontró un oso dando vueltas en la cocina.

La Sra. Hamilton corrió hasta la pila de la leña y tomó un hacha para defenderse y, al volver, vio que el oso ya estaba saliendo. Pero, al verla, el oso volvió a la cocina y, sintiéndose acorralado, embistió contra la dueña de casa. Con un golpe de su pata, derribó el hacha que traía en la mano. Ahora fue la mujer la que tuvo que escapar. Cerró la puerta detrás de sí, y fue rápidamente a buscar a su marido.

En tanto sucedía eso, la Sra. Davis, la vecina que vivía en el lado opuesto de la hacienda, estaba yendo a la casa de la Sra. Hamilton para pedirle prestado un poco de vinagre. Al llegar a la casa y entrar en la sala, casi muere de susto al ver la cabeza de un oso estirándose hacia fuera, a través de la ventana semi abierta. Tiró el vaso que llevaba en la cabeza del oso y regresó a su casa, corriendo todo lo que podía. Al llegar a la casa, le contó a su hijo de dieciséis años la alarmante noticia de que había un oso enorme en casa de la vecina que, sin duda, había devorado a la Sra. Hamilton.

Aunque el muchacho encontró ridícula aquella historia y se burló, tomó su arma y, seguido de su madre, fue deprisa a la casa de la Sra. Hamilton. Al llegar miró cuidadosamente por la ventana, pero no vio ningún oso por allí. La puerta de la despensa estaba abierta, y el muchacho comenzó a descender los escalones. De repente, oyó un bufido, y de la oscuridad apareció el oso.

El asustado joven dejó caer el arma, subió los escalones a toda velocidad y salió de la casa, golpeando la puerta. La Sra. Davis fue corriendo hacia su casa, mientras el hijo "voló" en dirección opuesta. Pronto encontró al Sr. y a la Sra. Hamilton, acompañados por un empleado armado con un rifle. El grupo se aproximó cautelosamente a la casa, sin encontrar ninguna señal del intruso. Lo buscaron en vano por toda la casa y concluyeron, entonces, que el oso debía haberse escabullido por la ventana de la sala. Eso sería lo peor.

Pero pronto oyeron gritos del lado de afuera. La Sra. Davis había vuelto con su marido y habían descubierto al oso asomando la cabeza por encima de la chimenea. Entonces colocaron un montón de paja en la estufa y encendieron fuego, lo cual obligó al oso a salir rápidamente de allí. Dispararon el rifle, y ahora una linda piel de oso sirve de alfombra en aquella casa.

ROBERTO APRENDE A "TIRAR" A LOS OSOS

— Hola, Roberto, mira directamente el punto que hay entre aquellas dos enormes piedras que están bastante arriba de aquel grupo de pinos, a la izquierda.

Roberto y su tío Bob estaban buscando osos. Ya hacía un año que el tío vivía en aquella región, entre las montañas del Estado de Colorado; trabajaba en una mina y vivía solo en una cabaña de madera de un ambiente, allí arriba, en la ladera de una montaña, entre los pinares. Roberto había ido a pasar dos semanas con el tío, y ambos habían salido para recoger nudos resinosos de pinos para el fogón. El muchacho escuchaba atento mientras el tío le contaba historias acerca de sus osos.

—Ahora —dijo aquel hombre grandote — es la hora de los osos. Todas las mañanas, a esta hora, aparecen. La primera vez que los vi, yo venía de una fuente, con un balde de agua fresca. Al apartar para atrás un arbusto del camino, escuché un grito en mi cabaña, como si alguien estuviera queriendo salir apresuradamente, antes que yo llegara. Eso me hizo temblar; pero al ver dos osos, uno grandote y el otro pequeño, corriendo alrededor de la cabaña, me asusté más todavía.

—Al entrar vi que la taza con miel que había dejado sobre la mesa estaba rota en el suelo. Los osos habían lamido toda la miel. Y los porotos que estaban en una bolsa de papel, en el armario, estaban esparcidos en el piso.

—¿Fue una osa y su cría los que hicieron eso? —preguntó Roberto.

—No —respondió el tío—. Probablemente eran hermanos. A veces el hermano mayor, sin prestar atención al hermanito, continúa junto a su madre, aunque ella tenga un hijito pequeño. Cuando el bebé oso crece y comienza a jugar, su hermano mayor juega con él y lo distrae, lo que muchas veces es un alivio para la mamá osa. ¡Mira, ya llegaron, allí están!

Entonces Roberto pudo ver dos figuras oscuras que se movían entre las rocas.

El tío Bob sintió entonces el apretón de dos manos agarradas a la suya. Súper asustado, Roberto le preguntó:

-¿Es verdad que los osos comen gente?

-Mis osos no hacen eso —respondió el tío.



— . Hace tres meses que vengo domando estos interesantes animales. Al principio no los podía ver de cerca, ni oírlos, porque se escondían. Pero finalmente, se acostumbraron tanto a mí, que venían a lamer miel en un plato, en la escalera de mi puerta, en tanto yo, del otro lado del arroyo, los observaba. Cada día me aproximaba un poco más y observaba.

En ese momento vieron a los osos descendiendo por las rocas y arrastrando las patas, el mayor al frente.

—¿Quieres venir conmigo para alimentar a los osos?

—No, tío Bob, prefiero quedarme aquí. Los osos pueden asustarse al verme.

El tío Bob rió y dejando al sobrino agachado detrás de los arbustos, fue a buscar la miel.

El oso mayor apareció enseguida alrededor de la casa, con el menor detrás de él. El tío Bob caminó lentamente sobre un tronco, derramando con una cuchara la miel sobre el tronco, desde una punta hasta la otra. Cuando el hombre llegó a la otra punta, el oso grande ya había subido al tronco, en el punto en que el tío Bob había comenzado a esparcir la miel, y ya había comenzado a chuparla con su enorme lengua roja, y el oso menor lo seguía bien de cerca.

Al llegar al final del tronco, los dos osos ya estaban muy cerca de tío Bob. Entonces, con un extraño gruñido, el oso mayor dio una vuelta rápida y comenzó a subir la montaña, acompañado de su hermanito.

—Roberto —llamó el tío Bob — ¿qué tal una filmación de esa escena?

—¡Sería lo mejor del mundo! —respondió Roberto, saliendo de su escondite.

A la mañana siguiente, Roberto ayudó al tío Bob a alimentar a los osos. Pero, para que los animales se acercaran al tronco, tuvieron que quedarse a unos ocho metros de distancia. Cada día los osos se acercaban un poquito más, hasta que un día el osito levantó su gracioso hocico negro y extendió su lengua roja para chupar la miel que chorreaba de la cuchara del tío Bob. Después que los osos se fueron rápidamente hacia la cima de la montaña, el tío Bob dijo:

—Mañana vamos a filmar eso.

Al día siguiente los dos osos tomaban directamente las gotas de la miel que caían de la cuchara. Mientras Roberto dejaba que la miel cayera, el tío Bob filmaba la escena. Después, riendo, le dijo al sobrino:

—Ahora puedes mostrarle a tus amigos cómo le "tiramos" a los osos con la filmadora.

ENTRE FIERAS Y HOMBRES SALVAJES

Cuando era niño, a David Livingston le gustaba mucho oír historias acerca de Jesús, de cómo iba de un lugar a otro predicando y sanando. Livingston decía: "Eso mismo es lo que voy a hacer; cuando crezca, voy a ser médico misionero".

Creció, se recibió de médico y fue al África. Comenzó su trabajo en una región donde había muchos leones feroces. Los africanos tenían tanto miedo a los leones que era muy difícil para el Dr. Livingston conseguir que fuesen a trabajar regularmente en el campo. Sabiendo que si pudiera matar a un león los otros huirían con miedo, el Dr. Livingston valientemente salió con el fin de matar a uno de aquellos animales tan feroces. Finalmente consiguió matar al león, pero, en la lucha, casi perdió la propia vida. El león destrozó el hueso superior del brazo izquierdo del médico y también dejó, en ese mismo brazo, once marcas de sus peligrosos dientes. Cuando el brazo se sanó, el Dr. Livingston comenzó a construir la casa de la misión y a plantar una huerta.

Los africanos aprendieron a amar al Dr. Livingston. Él era cortés y muy bueno con ellos, y tan divertido que uno de ellos dijo: "El ríe desde la cabeza hasta los talones".

Tanto con los salvajes como con las fieras, el temerario médico cristiano tuvo muchas aventuras emocionantes. Cierta vez tuvo que pasar una noche en el territorio de un jefe que estaba muy enojado, sabiendo que podían matarlo en cualquier momento. Entonces pensó: "¿Debo intentar escapar, atravesando el río esta noche?" Tomó la Biblia que siempre llevaba consigo y leyó las siguientes palabras de Jesús: "Por tanto id, y haced discípulos de todas las naciones... he aquí yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo". Al terminar la lectura, dijo: "Esto lo dice el caballero más honrado de este mundo, y basta". Confiando en la palabra de Jesús, como palabra de alguien que jamás falló al cumplir sus promesas, el Dr. Livingston durmió tranquilamente aquella noche.

De mañana, los salvajes armados lo rodearon, pero él sacó el reloj de su bolsillo y, dejándolos escuchar el tic-tac, les explicó cómo las meditas hacían mover las agujas y marcar el tiempo. A continuación, sacó de su bolso una lente de aumento y les mostró cómo los rayos solares eran capaces de quemar al pasar por la lente. En ese momento, los nativos cristianos de la misión habían atravesado el río en una canoa y estaban esperándolo. Volviéndose a los nativos que querían matarlo, les dijo: "Lo que deseo para ustedes es paz". Y entonces, entrando en la canoa, sus amigos lo llevaron con seguridad al otro lado del río.

En otro de sus viajes en el interior del África, pasó tanto tiempo sin que nadie tuviese noticias de él, que el propietario del periódico New *York Herald* le dijo a un joven reportero, Henry M. Stanley: "Tome el tiempo que sea necesario, pero encuentre a Livingston". Después de un largo viaje, lleno de dificultades, Stanley encontró a Livingston. Stanley era un joven descuidado, a quien no le importaba nada acerca de Jesús, pero

después de pasar cuatro meses con Livingston y ver su maravillosa vida, se transformó en un verdadero y humilde cristiano.

Después que Stanley volvió a Nueva York, Livingston nunca más vio a un hombre blanco. Cierta mañana, sus criados lo encontraron muerto, arrodillado al lado de la cama. Amorosamente retiraron el corazón del Dr. Livingston y lo enterraron en la tierra por la cual había dado la vida. Después, embalsamaron su cuerpo, y sus leales seguidores lo llevaron durante más de mil kilómetros hasta el puerto de mar. Fue entonces embarcado y llevado a Inglaterra. El pueblo inglés lloró al depositar aquel cuerpo en la Abadía de Westminster, donde son sepultados solamente los hombres más honrados de aquella nación.

EL OSO AL QUE LE GUSTABAN LAS MERIENDAS

Hace algunos años, un niño encontró un osezno cerca del Lago Winnipeg (Canadá), y lo llevó consigo a su casa. El osezno, bien alimentado, creció como un animal manso.

El muchacho, que había encontrado al osito, iba a la escuela todos los días, llevándolo consigo. Era su compañero. Al principio, sus coleguitas, asustados, no querían ni aproximarse al oso. Pero pronto el animal se transformó en el compañero preferido en sus juegos. Y cómo se deleitaban al compartir con el animal la pequeña merienda que llevaban en sus cestitas.

Sin embargo, después de dos años de civilización, el oso se escabulló entre los matorrales y no volvió más. Lo buscaron y buscaron, en vano. Pasaron varios años, durante los cuales hubo muchos cambios en la escuela. La directora fue cambiada y una nueva generación de alumnos sustituyó a los antiguos.

Un frío día de invierno, mientras la profesora daba su clase,

un alumno, al entrar en el aula, dejó la puerta semiabierta. ¡De repente, un enorme oso entró en la sala! La profesora y los alumnos se asustaron tremendamente.

Todo lo que pudieron hacer fue huir lo más rápido posible y esconderse detrás de las mesas y bancos.

Pero el oso no perturbó a nadie. Caminó tranquilamente hacia la chimenea y, con una expresión de felicidad, se quedó allí calentándose durante unos quince minutos. Después se dirigió a la pared, donde estaban colgadas las cestitas con las meriendas de los alumnos. Afirmándose en las patas traseras, fue agarrando una tras otra, sirviéndose la comida que había allí. Luego intentó explorar el escritorio de la profesora, pero encontrándolo bien cerrado regresó a la chimenea; quedó allí calentándose por unos minutos, y entonces se retiró tranquilamente por donde había entrado.

Los hermanos mayores de aquellos niños pensaron que aquel oso era su antiguo compañero, que había regresado a la escuela para hacerles una visita.

LA VISITA DEL PEQUEÑO BILL

Esta es una historia real de un elefante que realizó una visita, y le gustó tanto la casa y todas sus dependencias, que no quiso irse más. Naturalmente, fue invitado a salir; pero el Sr. Elefante no entendió la invitación, y se instaló muy cómodamente en aquella casa.

Eso sucedió hace muchos años, en Nueva York

En un lado de la calle había un gran establo, que raramente se abría; pero la mayoría de las personas no sabía el porqué. El establo pertenecía al propietario de un circo, quien lo usaba para mantener allí a sus elefantes jóvenes hasta que fueran entrenados. Arriba del establo había un alojamiento donde vivía el Sr. Brown y su familia. El Sr. Brown cuidaba de los extraños animales que permanecían en el establo.

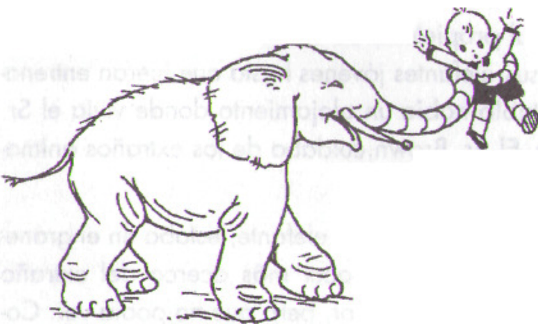
Un día, el pequeño Bill, hijo de elefante, estaba en el granero y pensó que sería bueno conocer más acerca del extraño mundo que podía oír a su alrededor, pero que no podía ver. Como ustedes saben, los elefantes en general son muy prudentes.

Bill aprovechó cuando el Sr. Brown salió para resolver algún asunto y comenzó su aventura. Vio que el único medio de salir era abrir una puerta interna. Con cierta dificultad, abrió la puerta y salió, pasó por un corredorcito, y entonces subió las escaleras. Nadie sabe cómo consiguió subir aquellos escalones tan estrechos, pero él subió. Al llegar arriba se dirigió a una sala grande, donde la Sra. Brown estaba preparando el almuerzo

La Sra. Brown creyó haber escuchado un ruido extraño, miró a su alrededor y vio al pequeño Bill. Terriblemente asustada, corrió a la ventana y gritó lo más alto que pudo. Todos los vecinos corrieron a las puertas y ventanas, para ver qué pasaba; y allí estaba la Sra. Brown gritando: "¡Socorro!" y, por encima de su cabeza, estirada hacia fuera, estaba la trompa del elefante.

El pequeño Bill, sin embargo, no iba a herir a nadie; parecía que todo lo que quería era divertirse y respirar el aire fresco que entraba por las ventanas abiertas.

De vez en cuando iba hasta la pileta de la cocina, bebía algo y a veces derribaba la loza, pero sus pasos eran muy cuidadosos. A veces las personas que pasaban por la calle veían al elefante a través de la ventana, teniendo en la trompa al hijito menor de los Brown. Después de hamacar al niño, lo colocaba suavemente en el piso.



La Sra. Brown, pobre, estaba muy asustada. Las madres que vivían en el vecindario sentían mucha pena por ella, pues veían lo que el elefante hacía, y daban gracias por no estar en el lugar de ella. Lo peor es que no podían hacer nada para ayudarla.

Cuando el Sr. Brown regresó, y también el dueño del pequeño Bill, pensaron que la única cosa que se podía hacer para que el elefante pudiera descender sin lastimarse, era construir una larga rampa desde la ventana hasta la calle. Enseguida mandaron muchos carpinteros con tablones de madera, clavos y martillos, y construyeron una rampa larga pero no muy empinada.

Cuando todo quedó listo, la noticia se había esparcido por la ciudad, y todo el mundo quería ver bajar al elefante. Miles de personas subían y bajaban por la calle para ver lo que ellas llamaban "el circo gratuito". Todos querían aplaudir, pero el propietario del circo pidió que guardaran silencio durante algunos momentos.

Por la ventana, de la que había sido retirado el vidrio, salía el pequeño Bill, guiado por su dueño, que le daba pequeñas palmadas en la larga trompa y le hablaba suavemente para inducirlo a proseguir la caminata. Todo marchó muy bien hasta llegar a un punto en el que la plataforma doblaba un poquito hacia el muro y después hacia la calle.

Allí el pequeño Bill no sabía qué hacer. Dio una vuelta, extendiendo la pata para tener apoyo. No encontrando apoyo, se inclinó sobre su dueño, empujándolo y haciéndolo caer abajo, sobre el piso. Felizmente, el hombre no se hizo daño.

El elefante también quedó con miedo, porque casi cayó encima de su dueño. El Sr. Brown, que estaba detrás del elefante, se arrojó con todas sus fuerzas contra él, evitando así que cayera, pero el pobre y confundido animal de nuevo se dio vuelta y cayó contra la pared en que se apoyaba la parte final de la rampa.

Al ver que no se podía levantar, el elefante dio un grito tan

fuerte que las personas que se encontraban a varias cuadras de allí se estremecieron. Inmediatamente llegaron los carpinteros y colocaron grandes tablas por debajo del animal, para que no cayera más todavía. Después trajeron fardos de paja, que sirvieron de escalones para que el elefante pudiera alcanzar el suelo. Nadie, entonces, se sintió más feliz que la Sra. Brown. Ella dijo que prefería cuidar una docena de niños antes que a un solo elefante, aunque fuera pequeño como Bill.

EL PROTEJIDO DEL LEÓN

Entre las personas que un día fueron a ver cosas extrañas e interesantes a una exposición de animales salvajes, en Inglaterra, se encontraba un hombre acompañado de un perrito. Este perrito peleó con otro perro y salió perdiendo. El otro perro era de mayor tamaño que él; por eso el perrito quedó bastante lastimado. Su dueño se puso furioso porque el pobrecito no había ganado en la lucha.

El dueño tomó al perrito, herido y sangrando, lo sacudió con fuerza y lo golpeó cruelmente. Fue entonces deprisa a la jaula de un león y, por entre las rejas de hierro de la jaula, arrojó el perrito, esperando que el león saltara inmediatamente sobre él y lo devoraría. Pero el león no hizo eso.

Pareciendo comprender et peligro, el perrito se arrastró hasta un rincón de la jaula, lo más lejos posible del león. La fiera fijó su mirada en el perrito, pero no se movió. Finalmente el can, con alguna esperanza, se arrastró lentamente más cerca del "rey de la selva", y con una mirada suplicante pareció implorar: "¡Por favor, sea bondadoso con un pobre perrito!"

Para sorpresa de todos los que estaban observando, el rey de los animales, que podría haber despedazado al cachorro con apenas un golpe de su enorme pata, acercó tiernamente la indefensa criatura hacia sí, y entonces levantó señorilmente la cabeza como diciendo: "No tengas miedo, amiguito; ahora yo soy tu protector y nadie te hará mal".

A esa altura, el dueño del perrito se había calmado y no sentía ya rabia contra el perrito, y quiso recuperarlo. Por lo tanto, se dirigió al guardián de los animales y te pidió que tomara el perrito de la jaula y se lo entregara. Pero el hombre respondió: "Usted mismo lo arrojó a la jaula, ahora vaya usted a retirarlo de allá".

El hombre fue a la jaula y llamó al perro, pero éste ni le hizo caso. Parecía decir: "No, ahora no quiero ir. Encontré un dueño mejor que tú; por eso prefiero quedar con él". El dueño llamó muchas veces, silbó, hizo de todo para persuadir al perrito, pero éste no le prestó la menor atención. Finalmente, muy enojado, el hombre comenzó a insultar y amenazar; entonces el león, con los ojos llameantes como fuego, lo miró y dio uno de sus terribles rugidos.

Temblando de miedo, el hombre dio media vuelta y salió corriendo, mientras los presentes se reían de él con todas las ganas. El león nunca permitió que alguien lo separara del perrito, y así continuaron los dos siendo buenos amigos mientras el perrito vivió.

¡BISA, CUÉNTANOS UNA HISTORIA DE OSOS!

Kenneth y Dorothy eran dos primitas que vivían en el Valle de San Joaquín, en el centro de California. Con frecuencia iban a visitar a la abuela, que vivía cerca, y a veces encontraban allí a la bisabuela, ya con sus noventa y cinco años de edad.

En una de esas visitas, cuando se encontraban en la acogedora sala de estar, alguien sugirió que la bisabuela contara una historia. Entonces todos los niños apoyaron la idea:

—¡Oh, sí! ¡Cuéntanos una historia de osos!

Todos se sentaron alrededor de la bisabuela, unos en sillas, otros en el suelo, y algunos en la falda de la abuela, para oír una historia que para la mayoría de los niños era la mejor de todas, la verdadera historia de un oso.

—Bien —dijo la abuela —, mi historia sucedió hace ochenta y cinco años, cuando era apenas una niñita y vivía muy lejos de aquí, en Canadá. Vivíamos en una casa de madera, y hacía mucho

frío, especialmente en el invierno, ya que caía mucha nieve. Relativamente cerca había un gran bosque de donde sacábamos madera, y los vecinos más cercanos estaban a varios kilómetros de distancia. No teníamos las ricas frutas y verduras que ustedes tienen aquí, en California; comíamos casi únicamente pan, leche, carne, y papas. Los hombres cazaban mucho para conseguir carne. Papá tenía un rifle y con frecuencia iba a cazar, trayendo a casa un venado, o una perdiz o algún otro animal, que todos nosotros apreciábamos mucho.

Recuerdo que cierta mañana de pleno invierno papá salió con sus largas raquetas (zapatos) para nieve, acompañado apenas por su perro. Mi hermana y yo quedamos en la puerta, acompañándolos con la mirada hasta perderlos de vista a lo lejos, en el inmenso bosque.

Por la noche, al llegar a casa, papá nos contó sus aventuras de aquel día.

El perro había corrido delante, para arrinconar algún animal con el objeto de que papá lo pudiera matar; sin embargo, daba la impresión de que todos los animales parecían estar alertas. Todas las ardillas y hasta las pequeñas aves huían rápidamente, tratando de escapar de la muerte.

Finalmente, el perro fue atraído por algo que estaba debajo de un viejo tronco hueco, y se puso a ladrar y ladrar, como pidiéndole que saliera afuera. Papá fue a ver por qué estaba tan alborotado. Entonces vio en el suelo un hueco y oyó un ruidito que parecía venir de adentro

Papá buscó una vara larga, le puso un gancho en la punta, *y* la introdujo en el hueco. ¿Qué piensan ustedes que salió de allí? Un osezno, recién nacido, acabando de abrir los ojos. Papá pensó, entonces, que debía llevar el osezno a casa como una mascota para sus dos hijitas

Colocó el osezno dentro de su capote, para conservarlo calentito, y al llegar a casa llamó:

"_ ¡Cinda! ¡Ann! ¡Vengan deprisa para ver lo que tengo dentro de mi capote!"

Nos sentimos muy contentas, porque no teníamos muchos animalitos ni juguetes.

Le dimos leche, y preparamos una caja para que durmiera frente a la estufa, donde se sentiría siempre calentito. Pero de noche, cuando el fuego estaba ya casi apagado, el animalito sintió frío y comenzó a lamentarse por la falta de la madre. Cinda y yo, que no estábamos acostumbradas a ese ruido durante la noche, nos despertamos. Sentimos tanta pena por el oso que nos levantamos y lo llevamos a nuestra cama.



Pasaron los días y las semanas, y nuestro compañero crecía rápidamente. Jugaba con nosotras, y nosotras con él, y le pusimos Jack como nombre. Era muy listo, como lo son los oseznos. Cuando cumplió un año tenía ya un buen tamaño, y era peludo y rudo, tan rudo que a nosotras, las niñas, nos daba miedo jugar con él; pero los muchachos del vecindario venían a hacerlo, fuera del agujero donde acostumbraba dormir semanas enteras, chupando su pata. Ellos encontraban gracioso cuando el oso se enojaba y trataba de morderlos. Papá lo mantenía atado con una cadena, para que no hiriera a nadie.

Un día oímos un gran ruido en el cuarto donde se guardaba

la harina, el azúcar y otras cosas; y cuando mamá fue a ver, ¿qué creen ustedes que encontró? El malcriado oso había trepado al tejado de la casa, y había entrado por una ventana, y todo feliz, estaba arañando y royendo el barril de azúcar.

Como estaba decidido a no salir, mamá tomó una vara larga (pienso que era un cabo de escoba) y la introdujo en la garganta del oso. Finalmente safio, pero se enojó tanto que disparó al matorral, donde permaneció durante varios días. Se comportaba igual que algunos niños, ¿verdad?

Jack vivió con nosotros aproximadamente tres años, y entonces papá y mamá creyeron que incomodaba mucho y, por eso, lo vendieron por diez dólares a un circo; pero nosotras quedamos realmente tristes cuando nuestro Jack se fue de casa.

EL ELEFANTE Y LA GATITA

Se cuenta una conmovedora historia sobre la amistad entre Bolívar, el gran elefante del zoológico, y una gatita extraviada. La gata, perseguida por un perro, corrió desesperada, saltó el muro, trepó por la pata del elefante y buscó refugio en su enorme lomo.

Percibiendo inmediatamente la situación, el gran animal asió al perro con su trompa y lo lanzó por encima del cerco de alambre, y luego volvió su atención a la gatita. Extendiendo su admirable trompa, la retiró de donde estaba y la colocó en el piso, frente a él. La criaturita comenzó a maullar y producir sonidos con la nariz, como suelen hacer los gatos cuando están asustados, pero Bolívar no le prestó la menor atención a eso; luego de mirarla un momento, la volvió a colocar sobre su lomo.

Desde entonces, la gata y Bolívar se hicieron grandes amigos. Antes de encontrarse con la gatita, el elefante era malhumorado y peleador, pero luego comenzó a sentir nueva alegría en la vida.

Bolívar mostraba gran interés en los juegos de la gata, y con frecuencia la acariciaba con su trompa, levantando a su compañera y colocándola en su lomo, para que se divirtiera mordiendo y arañando sus grandes orejas.

Cuando la gata quería bajar, se ponía bien cerca de la orilla del lomo y maullaba, y entonces la formidable trompa, parecida a un dedo gigante, la tomaba y la colocaba en el suelo. Un día, la gata sufrió un accidente, y después de permanecer varias horas en el lomo de Bolívar, murió. El elefante extrañó mucho su silencio; entonces, preocupado, la tomó con la trompa. Viendo que permanecía quieta, la colocaba nuevamente sobre el lomo, retirándola a cada momento de allí para ver si había revivido.

Después de algún tiempo, el cuidador retiró con cuidado la gatita muerta. Y Bolívar, al descubrir que había desaparecido, casi enloqueció. Consiguieron otra gata, pero fue en vano porque Bolívar no quiso aceptarla. Finalmente, se volvió tan malhumorado y agresivo que tuvieron que atarlo con una cadena

TRATANDO A UN OSO EN CAUTIVERIO

Como resultado de vivir en cautiverio, los leones, tigres, osos y otros animales quedan con las uñas y los dientes en malas condiciones. Esto afirma el Sr. Cari Hagenbeck, famoso domador de animales salvajes.

Uno de sus mayores tigres de bengala fue una vez acometido por un terrible dolor de muelas. Después de algunos días, la muela supuró. Entonces el Sr. Hagenbeck consiguió extraerla, pero cinco hombres fuertes tuvieron que asegurar al tigre y persuadirlo a abrir la boca. Cuando la muela saltó fuera, el tigre dio un rugido tan pavoroso que pareció derribar el pabellón.

El domador dijo que jamás había visto una criatura tan sensible e irritable como un tigre con dolor de muelas.

Un enorme oso blanco, que ese domador tuvo en Hamburgo



Alemania, dio también mucho trabajo a su dueño porque las grandes garras curvas crecieron tanto que penetraron en la carne y le causaron una terrible infección. Tres de las patas se hincharon mucho, inflamadas, y dolían mucho. El hombre que lo cuidaba pudo entonces comprender lo que significa el dicho: "Malhumorado como un oso". Parecía que aquella fiera quería exterminar a todos los seres humanos.

Cómo retirar aquellas garras encarnadas, era un problema. El Sr. Hagenbeck inventó diversos "lazos" y "chaquetas" para prender al oso, pero él era tan grande y feroz que nada lo detenía. Finalmente el domador tuvo una idea, una estratagema. Ordenó que la jaula del oso fuera volcada de lado, de modo que las barras formasen el fondo. Con el auxilio de una cuerda, y otro equipo, la jaula fue suspendida a una altura de más de dos metros del suelo. Las cuatro patas del oso quedaron extendidas entre las barras. En esa posición lo amarraron fuertemente con cuerdas para que no se moviera ni levantara las patas.

Entonces el Sr. Hagenbeck comenzó a trabajar como un cirujano, debajo de la jaula, con el paciente encima de su cabeza. Eso era una excelente oportunidad para operar al animal; una por una, todas las garras encarnadas fueron retiradas. Realmente estaban tan infectadas que no fue necesario gran esfuerzo para retirarlas, pues estaban prácticamente sueltas. Aun así, las repetidas "censuras" hechas por el oso eran horripilantes. Terminada la operación, colocaron un recipiente de poca profundidad lleno de agua fría debajo de la jaula, para que el animal pisara dentro y así bajara la fiebre de sus patas. Aquel oso blanco se recuperó completamente.

EN LA QUIJADA DE UN LEÓN

Cierta vez un sudafricano fue a cazar, acompañado de otros nativos. Al llegar a una extensa planicie, donde la caza era abundante, encontraron varios leones que se alborotaron con la llegada de los cazadores. Los nativos estaban montados en caballos.



Inmediatamente un enorme león se separó de su bando y caminó lentamente en dirección al grupo de nativos. Mientras el animal estaba todavía a la distancia, los hombres se apearon con el fin de prepararse para tirar y, conforme a su costumbre, comenzaron a atar los

caballos unos a los otros, por las riendas, con la idea de dejarlos entre ellos y el león, para atraer la atención de la fiera hasta que fijaran bien la puntería.

Pero el león fue más astuto que ellos. Antes que los caballos estuvieran debidamente atados, el monstruo dio un tremendo salto y se lanzó de repente sobre la parte de atrás de uno de ellos. Terriblemente asustado, el caballo disparó, derribando al nativo que tenía las riendas. Su compañero huyó, y el pobre se levantó tan rápido como pudo con el fin de huir también. Pero no había acabado de ponerse de pie cuando la fiera extendió la pata y, agarrando al hombre por detrás, en el cuello, lo derribó nuevamente.

El hombre cayó de espaldas, y el león de inmediato puso sus patas sobre el pecho de la víctima y se agachó sobre él. El pobre nativo, de tanto miedo y también debido a la terrible presión del animal, casi perdió el aliento. Hizo un esfuerzo para moverse un poquito de lado, para poder respirar. El león, percibiendo el movimiento, agarró el brazo izquierdo del hombre, a la altura del codo, y asegurándolo con sus dientes, quedó divirtiéndose por algún tiempo, mordiéndolo en varios lugares, desde el codo hasta la mano.

Hasta entonces el temible animal no parecía estar irritado. Simplemente quiso agarrar al hombre para divertirse, como un gato hace con un ratón que no está realmente muerto. Por eso no le quebró ningún hueso, como hubiera sido sí el animal hubiese estado hambriento o herido.

Mientras el pobre hombre estaba allí, retorciéndose de agonía, intentando respirar y esperando ser despedazado, miembro por miembro, gritó pidiendo socorro a los compañeros, pero en vano. Al levantar un poco la cabeza, el león abrió la boca para devorarla, pero, providencialmente, el sombrero del hombre cayó de la cabeza, asustando al animal, y así las puntas de sus terribles dientes apenas arañaron el cuero cabelludo.

El león colocó una pata sobre el brazo mordido, del cual manaba abundante sangre. Pronto la pata quedó cubierta de sangre, y el león la lamió repetidamente, para limpiarla. Entonces, fijó los centelleantes ojos en los ojos del hombre, olfateó un lado y el otro de su rostro y, habiendo probado sangre, pareció dispuesto a devorar a su víctima.

"En aquel exacto momento", dijo el hombre más tarde, al relatar su experiencia a un misionero, "recordé haber oído decir que hay un Dios en el cielo que puede socorrer en los momentos extremos. Entonces comencé a implorar que el Señor me salvara, no permitiendo que el león bebiera mi sangre y devorara mi carne".

Mientras oraba, el león se dio vuelta completamente, y el hombre hizo un esfuerzo para salir de debajo de él. Como un relámpago, la fiera clavó los dientes en la pierna del hombre y lo aseguró. La herida era muy profunda y le dolía terriblemente.

De nuevo el africano clamó a Dios por socorro. En un momento, el animal soltó a su víctima, caminó algunos metros y fue a acostarse en el césped, como queriendo vigilar al hombre. Aliviado de su carga, el africano intentó sentarse, pero su movimiento llamó la atención del león, que felizmente no lo atacó como esperó aquel pobre hombre. El temible animal se levantó y se fue, sin ser visto nunca más.

El hombre se apoderó de su arma y fue detrás de sus aterrorizados compañeros, que ya lo juzgaban muerto. Ya casi totalmente exhausto debido a la pérdida de sangre, lo colocaron sobre su caballo y lo llevaron tan rápidamente como fue posible al misionero. Como pueden imaginar, cuando el misionero relató esta experiencia los oyentes quedaron profundamente impresionados y muchos de ellos entregaron el corazón al Dios que es capaz de ayudar en los momentos difíciles.

ADOPTADO POR UN OSO

Leopoldo, Duque de Lorena, tenía un oso muy inteligente, llamado Marco. Durante el invierno de 1709, un niño de Saboya (Francia) que estaba casi muriendo de frío en un granero donde había sido dejado por la mujer de un hacendado, resolvió entrar en la casa de Marco, sin pensar en el peligro que corría, exponiéndose a la merced del animal. Marco, sin embargo, en vez de herir al niño, lo tomó entre sus patas y lo cobijó junto a su pecho, calentándolo hasta la mañana siguiente. Sólo entonces lo dejó salir para deambular por la ciudad. Por la noche, el niño regresó a la casa del oso y fue recibido con el mismo cariño. Corno no tenía otro lugar donde abrigarse, fue "hospedado" durante varios días por la fiera, que guardaba parte del alimento para el niño.

De ese modo pasaron muchos días, sin que los criados se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo. Finalmente, un día, cuando uno de ellos llevó la cena del oso más tarde que lo de costumbre, percibió la mirada furiosa del animal, que parecía decirle que no hiciera ruido, para no despertar al niño que estaba cobijado junto a su pecho. El oso, aunque voraz, parecía no dar importancia a la comida que se le colocó delante.

La extraordinaria noticia pronto llegó a los oídos de Leopoldo. Él y algunos de sus cortesanos quisieron verificar por sí mismos la generosidad de Marco. Pasaron una noche cerca de la casa del oso, y se admiraron muchísimo al ver que el animal ni se movía mientras su protegido estaba durmiendo. Al amanecer, el niño despertó, muy asustado por haber sido descubierto. Con miedo a ser castigado, pidió misericordia a los hombres que allí se encontraban. El oso lo acarició y se esforzó para que comiera el alimento que le habían llevado la noche anterior. A pedido de los espectadores, el niño comió.

Habiendo oído toda la historia de ese afecto singular, Leopoldo ordenó que aquel niño recibiera el cuidado debido.

LA GATA EN UN BOTE



Durante la Segunda Guerra Mundial, un barco mercante fue torpedeado en el norte del Atlántico. Seis de los marineros se encontraban en un bote salvavidas, acompañados de Maizie, la gata del barco.

Durante cincuenta y seis horas permanecieron a la deriva, sobre las olas. Cuando fueron rescatados, dijeron que sí no fuera por la gata hubieran enloquecido.

La gata, al ser alimentada con tabletas de leche con malta y otros alimentos concentrados, comprendió plenamente la situación en que los hombres se encontraban. De acuerdo con el relato que apareció en un periódico, "ella confortaba a aquellos hombres torturados por el sol y por el mareo; se acercaba a cada uno, casi tan solícita como si fuera la madre de ellos".

Esta historia deshace buena parte de la creencia general de que los gatos, aunque hermosos, son animales fríos, indiferentes y antipáticos, que se apegan a los lugares y no a las personas, y que son de poca utilidad para el hombre.

LA GALLINITA FIEL

Al comienzo, era apenas una bolita fofa. Como todas las gallinas, cacareaba así: "cró... cró... cró..." A no ser por una cosa, ella era una pollita común, que vivía muy lejos de aquí, en Francia, que creció hasta llegar a ser una pequeña gallina común. Por eso vamos a llamarla la "Gallinita Fiel".

Si, era una pequeñita gallina común, como lo eran los cuervos que alimentaron a Elías, jamás hubiéramos oído acerca de ellos si el Señor no los hubiera utilizado para evitar que Elías muriera de hambre. Y con un propósito semejante, Dios usó a Gallinita Fiel.

Mientras crecía, alguna cosa anormal comenzó a suceder en la tranquila región donde vivía. La vida llegó a ser muy diferente. Se oían los terribles estruendos de las balas explotando en el aire. Si Gallinita Fiel hubiera sido un ser humano, habría sabido que aquello era la guerra.

Pero ella no lo sabía. Se daba cuenta solamente de que todos los nidos eran constantemente destruidos, y por eso tenía que encontrar cada vez nuevos lugares donde colocar sus huevos. Tampoco sabía que aquel rumor de pasos pesados era producido por la vigorosa marcha de los soldados. Y, por supuesto,

no sabía que entre aquellos soldados había uno, a quien llamaremos Mauricio, que había aceptado en su corazón el llamado de Dios.

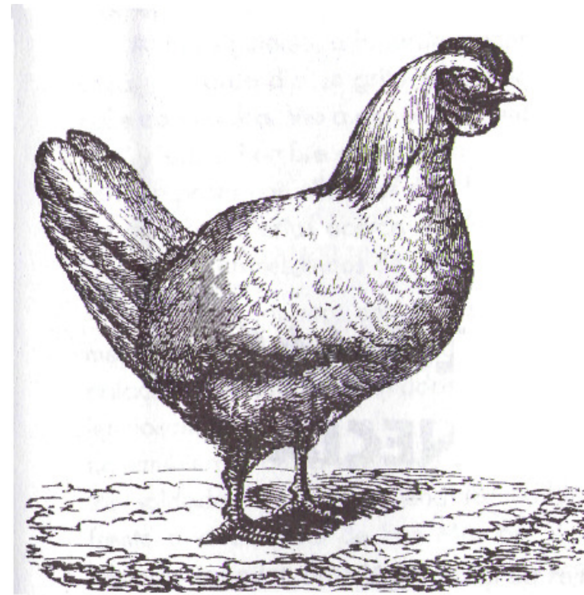
Antes de entrar en el ejército, Mauricio había asistido a algunas reuniones en su lejana ciudad natal. Había oído que Jesús, que ama a todos, un día volverá a este mundo; y había oído también la explicación de otras verdades bíblicas. Su corazón había sido tocado y llegó a pensar: "Ésta es la verdad de Dios. Si yo algún día sigo alguna religión, será ésta, la de este predicador".

Pero Mauricio había postergado la decisión de entregarse a Jesús. Había continuado en su propio camino; vino la guerra, y ahora allí estaba él, participando en una cruenta batalla, muy cerca de donde la gallina vivía.

Un día, mientras atravesaba un campo cercano, lo alcanzó una esquirla de ametralladora, y cayó en un hueco del terreno. Estaba sangrando y desamparado. Las balas explotaban por todos lados. Y él quedó allí tirado, la noche entera. Nadie, ni siquiera el personal de la Cruz Roja podía ir a socorrerlo. Debido a la pérdida de sangre y al hambre, estaba muy, pero muy débil. Había alguna comida en su mochila, pero no tenía fuerzas suficientes para darse vuelta y desatar las hebillas que la aseguraban.

Cuando amaneció, Gallinita Fiel se puso a andar por el campo. Y entonces hizo una cosa muy extraña. El pobre soldado, creyendo que ahora moriría de hambre y por efecto de la hemorragia, vio que ella se aproximaba cada vez más cerca de él. Y en vez de seguir adelante en busca de otro lugar para formar un nuevo nido, ella se detuvo bien cerquita de su mano ¡Y puso un huevo!

Entonces él extendió la mano, tomó el huevo y lo comió, pues tenía fuerzas para hacer apenas eso.



Durante las cinco mañanas, mientras duró el combate, Gallinita Fiel puso cada día un huevo al alcance del soldado herido. Y así lo mantuvo vivo.

Al ver que eso sucedía día tras día, Mauricio se acordó de aquellas reuniones a las cuales había asistido. Entonces oró a Dios, y comprendió que, así como los cuervos en la antigüedad habían alimentado a Elías, la Gallinita Fiel lo estaba alimentando a él. Tenía la certeza de que tanto ella como los cuervos fueron enviados por el mismo Dios. Cuando la batalla terminó y Mauricio recibió los cuidados médicos y se curó, fue lo más deprisa posible a hablar con aquel pastor al que había oído predicar en su ciudad natal, y le contó toda la historia. Algún tiempo después, por medio del bautismo, se hizo miembro de la iglesia. Y, de ese modo, el Señor usó una pequeña gallina común para salvar a alguien.

LAS PALOMAS DE VENECIA

En uno de los valles de la altiplanicie de Italia, aislado del mundo por altas montañas nevadas, vivía hace unos quinientos años un niño llamado Leonardo. Su hogar era una pequeña cabaña donde él y su madre, de ojos negros, alimentaban las palomas y sacaban leche de las cabras, todos los días. Al anochecer, conversaban respecto de Victorio, hermano de Leonardo, que era un soldado en la gran ciudad de Venecia. Cierta mañana, mientras tomaban el desayuno de fideos y pan integral, Leonardo dijo:

—Me gustaría mucho que Victorio viniera a visitarnos, pues él cuenta tantas cosas interesantes de la ciudad. Me gustaría ir un día allá y ser un soldado también.

Pensando en eso, sus negros ojos brillaron y se puso en posición de firme, como deben hacer los soldados.

Todos sabemos que no siempre se realizan nuestros deseos, pero cuando eso sucede, el mundo entero nos parece más brillante y encantador.

Al día siguiente, a la tarde, cuando llevaba las cabras a la casa, Leonardo dio un grito que pudo oírse hasta el final de la calle de la aldea. Vio a alguien subiendo el camino en las montañas, y aquel hombre era su hermano, el soldado Victorio, que venía a pasar con ellos dos días feriados. Seguramente le contaría muchas historias acerca de Venecia, la bella ciudad, cuyas calles son canales llenos de las aguas del Mar Adriático.

Los dos hermanos conversaron hasta tarde por la noche, o mejor, el soldado hablaba y Leonardo escuchaba. Oyó sobre palacios y botes raros llamados góndolas, que se deslizaban silenciosamente por las calles o los canales de Venecia. El hermano también le contó sobre los imponentes señores y señoras, y los soldados con sus espléndidos uniformes desfilando todos frente a la Catedral de San Marcos. Le habló también de los días de carnaval, cuando las personas enmascaradas arrojaban flores unas a las otras y hacían extraños juegos. Victorio le contó acerca del duque, el magistrado supremo de la antigua Venecia, que vivía en un gran palacio adornado con cuadros maravillosos. Todos los años se realizaba una procesión por los canales, y las góndolas eran dirigidas hacia el Mar Adriático. Entonces el duque arrojaba al mar un anillo, significando que Venecia era la novia del Adriático. Las personas remaban, se aproximaban al barco del duque, y le ofrecían valiosos presentes.

Leonardo escuchaba atentamente. No estaba acostumbrado a regalos, pues en su aldea, en las montañas, las personas tenían poco dinero y no podían gastar en esas cosas. Sin embargo, recordó lo feliz que se había puesto su madre cuando él le dio para su cumpleaños un ramillete de flores. Después pensó en lo felices que debían sentirse las personas que dan regalos. Y se dijo en voz baja: "Me gustaría enviarle un presente al duque. De ese modo estaría haciendo algo por Venecia. Pero, ¿qué le puedo mandar? No tengo nada para dar".

El hermano respondió:

— Espera hasta crecer y alistarte como soldado. Entonces podrás hacer mucho por él y por Venecia.

A la mañana siguiente, Victorio se levantó de madrugada. Había pasado dos días en casa, y tenía que estar de regreso en Venecia al mediodía. Su madre había prometido que Leonardo podría acompañarlo algunos kilómetros si terminaba sus tareas a tiempo. Por ese motivo, aquella mañana, muy temprano, Leonardo fue el primero en ordeñar las cabras, y antes que comenzara a salir el humo de las chimeneas llevó los gansos a comer el verde pasto en las laderas del cerro. Cortó pasto y lo colocó en el establo, para el viejo caballo. Entonces, cuando el hermano fue y le preguntó si estaba listo, Leonardo le respondió:

—Sólo me falta dar la comida a las palomas; entonces iré contigo.

El soldado sonrió y quedó observando al muchacho silbando a las aves. Mientras ellas atendían al llamado de Leonardo viniendo a comer los granos que les esparcía, éste pensó en el alegre carnaval de Venecia y en los presentes que le entregarían al duque. ¡Cómo deseaba poder ser uno de los donadores! Pero ¿qué podría dar? Era un niño pobre, que no tenía casi nada más que algunas palomas, y ese sería un presente muy humilde para ofrecer a un duque tan poderoso. Entonces recordó haber oído en la iglesia que la ofrenda de un mendigo puede ser más preciosa que la dádiva de un príncipe, pues no es el costo o la belleza de un presente lo que lo hace valioso, sino la buena voluntad del donante. El recuerdo de esas palabras hizo nacer una idea en la mente del niño, y sus ojos negros comenzaron a bailar.

—Victorio —exclamó de repente—. Estoy pensando en una cosa.

Y Victorio, pensando qué sería lo que había excitado tanto a su hermano, le pidió que le contara de qué se trataba.

—¿Estarías dispuesto a llevar un par de palomas a la ciudad?

—¿Un par de palomas? ¿Para qué?

—Quiero enviarle un regalo al duque, y no tengo otra cosa. ¡Esas aves son tan dóciles! Estoy seguro de que a él le van a gustar. ¡Las palomas son excelentes mensajeras!

Victorio sonrió. Era soldado del ejército del duque, y creía que su hermanito seguiría sus pasos, pues en aquel tiempo se consideraba muy elevada la posición de soldado. Por eso Victorio respondió muy gentilmente:

— Sí, Leonardo, puedo llevarlas. Si eres capaz de separarte de ellas, le voy a pedir a mi capitán, que conoce muy bien al duque, que le entregue ese regalo de parte de un niño montañés.

Los ojos de Leonardo brillaron de alegría. Le parecía maravilloso poder dar regalos como si fuera un hombre rico y muy importante. Escogió la mejor pareja de palomas, de un color ceniza suave con gradación de colores azules y púrpuras en las delicadas alas. Hizo entonces una jaula tosca, para que su hermano pudiera llevarlas a la ciudad.

Los dos hermanos caminaron juntos algunos kilómetros y luego se despidieron. Leonardo quedó parado, observando a su hermano descender el tortuoso camino hacia la planicie, y después retornó a su vida. ¡Se sentía tan feliz por haber hecho algo por la linda Venecia!

Pasaron los meses, y no hubo ninguna noticia de Victorio, porque en aquel tiempo no había carteros para llevar correspondencia a las personas humildes y sencillas. Los ricos enviaban

las cartas por un mensajero especial. Leonardo, sin embargo, tenía la certeza de que las palomas habían llegado bien a las manos del duque.

Un día de otoño, cuando los días comienzan a ser más cortos y las ardillitas se dedican a buscar las bellotas que caen de los robles con el fin de almacenarlas para el invierno, Victorio llegó a casa. Parecía más viejo y más serio que en ocasión de su visita anterior.

—Vine para despedirme de ustedes. Estalló la guerra, y nosotros, los soldados, tenemos que navegar hacia Creta y luchar por Venecia.

Creta es una isla que queda a centenares de kilómetros de esa famosa ciudad.

—Si yo fuese mayor y pudiera ir contigo, y ayudar a servir a nuestra gloriosa ciudad... —dijo Leonardo.

Colocando cariñosamente la mano sobre el oscuro cabello de su hermano, el soldado respondió:

— No te preocupes, hermanito. Ya hiciste algo por la reina de las ciudades. Le di tus palomas a mi capitán, y él las entregó al duque, que está muy satisfecho con ellas, pues ya demostraron que son excelentes mensajeras. Nuestro general las llevará consigo, y ellas traerán noticias de la guerra. Y ahora, hasta pronto. Volveré y estaré de nuevo en el ejército. Embarcaremos el próximo jueves. Cuando el combate acabe, regresaré para contarles todo lo que sucedió.

Las semanas siguientes se hicieron meses, que parecieron siglos a los dos montañeses que aguardaban las noticias. Sabían que el batallón había navegado y llegado a Creta, pero luego no tuvieron más noticias. Probablemente la batalla había comenzado, pero ignoraban qué le había sucedido al batallón de Venecia y cómo estaba Victorio. En aquel tiempo las noticias demoraban mucho en llegar.

Cierta mañana, mientras Leonardo y su madre estaban allá en las montañas, orando y aguardando, el Consejo de los Diez en Venecia se había reunido en el espléndido palacio del duque. Con el semblante muy serio, los diez consejeros estaban muy preocupados con su ejército allende el mar, ansiosos por saber si habían ganado o perdido la batalla. En tanto estaban allí tan preocupados, vieron dos palomas posando cerca del palacio.

—¡Palomas! —exclamó uno de los consejeros —. ¡Son las dos palomas mensajeras que fueron con nuestros combatientes! De inmediato la reunión fue disuelta y aquellos consejeros salieron apresuradamente hacia el palomar. Allí encontraron a un criado retirando de las patitas de cada paloma un pequeño pedazo de papel. Entonces, uno de los señores dijo:

—Fueron enviadas por nuestro general. ¡Pero parece imposible que estas palomas hayan volado centenares de kilómetros!

Pero fue posible, pues al leer las pocas palabras escritas en los pedacitos de papel, supieron que Venecia había obtenido la victoria y que sus soldados ya estaban regresando.

Cuando fueron enviadas desde la isla de Creta, aquellas palomas, aparentemente frágiles, volaron kilómetros y kilómetros sobre el mar y, finalmente, llegaron a Venecia, llevando las alegres nuevas a sus ansiosos habitantes.

Pero una semana después, Leonardo y su madre continuaban orando y aguardando en su villa montañesa, pues todavía no sabían las buenas noticias. Entonces un viajero llegó de Venecia, y desde lejos gritó:

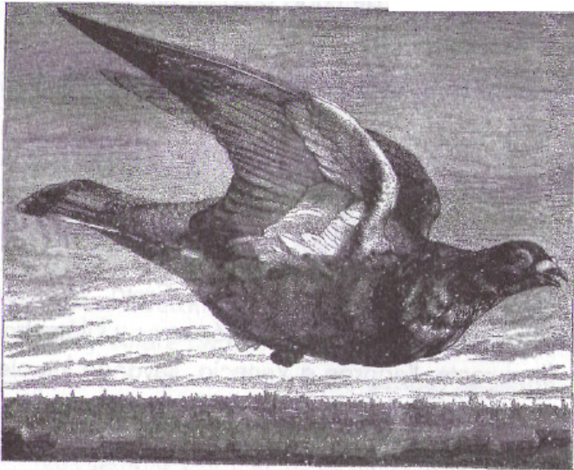
— ¡Alégrense, Venecia consiguió la victoria!

—¿Cómo lo sabe usted? —respondió la madre—. ¿Los soldados ya regresaron?

—No, pero dos palomas mensajeras trajeron la noticia, y todo el mundo está contento.

-¡Palomas! -exclamó Leonardo-. Deben ser mis palomas. Entonces, al final de cuentas, hice realmente alguna cosa en favor de Venecia.

Leonardo dijo la verdad. Aquel pequeño mensaje fue de tanta importancia para el pueblo veneciano, que el duque ordenó que las dos palomas fueran siempre muy bien cuidadas, tanto ellas como sus descendientes. Y hoy, centenares de años después, pueden verse millares de palomas color ceniza volando por la plaza de San Marcos, amadas y alimentadas por el pueblo de aquella ciudad, pues todos saben que esas aves proceden de aquella pareja enviada al duque por Leonardo, el muchacho que siglos atrás vivía en una pequeña aldea entre las montañas.



PETTY, LA PALOMA MENSAJERA

Petty era apenas una paloma mensajera, y no era de las mejores. Era tan simple y tonta que su dueño pensó: "Apenas surja una oportunidad, voy a vendería, pues no creo que llegue a valer mucho".

Así Petty, junto con otras palomas de un gran palomar en Nueva York, fue embarcada en un tren para hacer un largo viaje hacia una ciudad en la costa occidental de los Estados Unidos, y de allá enviada en un barco a Australia.

Es claro que Petty no disfrutó mucho de aquel largo viaje. Todos los días trataba de salir de su jaula y volar de regreso a su viejo hogar; la jaula estaba bien cerrada, y la pobre Petty estaba presa. Después de muchos días sobre las aguas del Océano Pacífico, el barco atracó en el puerto de Sidney, Australia, con Petty retenida en su jaula.

Sonaron entonces los silbatos, y los hombres comenzaron a desembarcar las cajas, barriles y valijas. Sucedió, sin embargo, que debido a la prisa, la jaula de Petty se rompió. Inmediatamente ella vio su oportunidad. Disparando a través de la abertura

en la jaula, voló muy alto, por encima del barco. Durante algunos minutos permaneció dando vueltas en el aire, a una gran altura. Y entonces voló en línea recta a través del inmenso océano, en dirección a América y a su hogar.

Jamás alguien supo alguna cosa respecto de aquel largo vuelo. Pero sabemos que las violentas tempestades y los furiosos vientos podían haber hecho desistir a Petty; no sabemos durante cuántas largas horas voló delante de las veloces águilas del mar, ni podemos evaluar el cansancio de sus alas, al volar noche y día, hora tras hora, rumbo al hogar. Tal vez tuvo algún descanso ocasional, en alguna madera flotante. No lo sabemos.

Finalmente, sus alas quedaron tan cansadas, las fuerzas tan exhaustas, que casi no podía mantenerse encima de las oscuras aguas del océano. Muchas y muchas aves más fuertes y veloces que ella, se extenuaron tanto al volar sobre el océano, que cayeron en las aguas y murieron ahogadas.

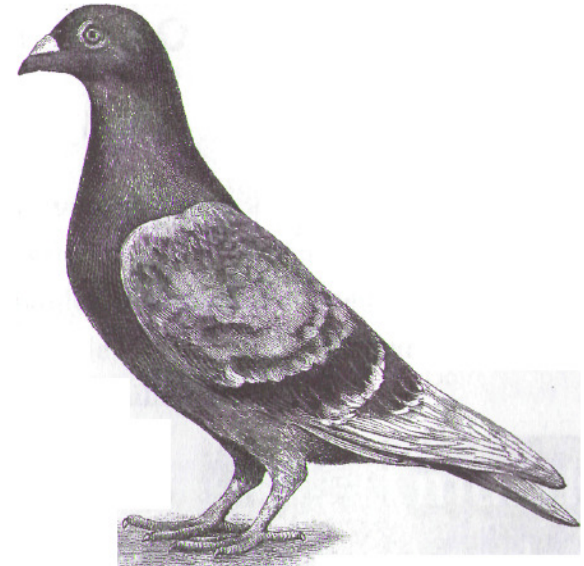
En el último instante, la pequeña Petty vio que todavía le restaba una esperanza de vida. Allá bien lejos había un barco. ¿Podría alcanzarlo? ¿Conseguirían aquellas extenuadas alas seguir volando tres minutos todavía?

Cada aleteo de las alas era tremendamente doloroso; todos los músculos estaban rígidos, como paralizados, y la pobre ave ya estaba aturdida, subiendo y bajando en el aire encima de las grandes olas verdes, casi cayendo en cada descenso.

Finalmente, aproximándose al barco, en un gran esfuerzo, se levantó por encima de él y cayó "muerta" en la cubierta, como dijeron los marineros. Había volado más de seis mil kilómetros.

Felizmente, Petty no estaba muerta, como los marineros habían pensado. Pronto recobró los sentidos, y el capitán cuidó de ella mandando que le dieran agua y comida para recuperar las fuerzas.

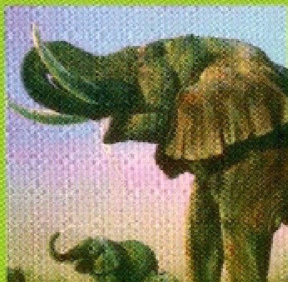
Cuando el barco llegó a la costa occidental de los Estados Unidos, el capitán escribió una carta en un papel de seda, contando cómo Petty había alcanzado al barco en pleno océano. La carta fue enrollada y colocada en una pequeña bobina y amarrada en la patita de la paloma. Después soltaron a Petty, para que pudiera volar de regreso a su querido hogar.

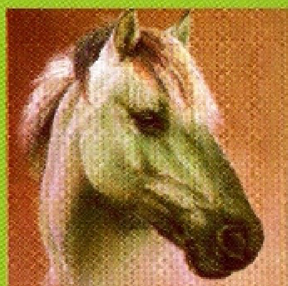


Pasados ocho días, el antiguo dueño de Petty se encontraba cierta mañana en el palomar, alimentando a sus palomas, y entonces, ¿a quién encontró allí, sino a Petty, con el notable mensaje atado en su patita?

Así la pobre Petty, a quien el dueño no le había dado ningún valor, hizo el más extraordinario viaje jamás registrado de una paloma mensajera. Naturalmente, su dueño no quiso volverla a vender a nadie.







Este libro cuenta la historia del elefante que fue a hacer una visita y le gustó tanto la casa, que no quiso marcharse; del muchacho que fue adoptado por un oso; de la gallina que salvó a un soldado; de la paloma que voló más de seis mil kilómetros, sin escalas; de Balto, el perro que guió un trineo durante más de mil kilómetros, en medio de las tempestades de nieve en Alaska.

Y muchas otras historias, para reír y llorar. Pero todas excelentes.



Ediciones New Life

